

# INSTRUMENTOS DE PAZ

## Un Subsido Franciscano de Justicia, Paz y Integridad de la Creación

- Presentación del Director de la Oficina de JPIC
- Introducción
- Abreviaturas
- Primera Parte: La Visión Franciscana del Trabajo en Favor ae la Justicia, la Paz y la Integridad de la Creación



Orden de Frailes Menores  
Oficina de Justicia, Paz y Integridad de la Creación

Español  
1999

## PRESENTACIÓN DEL DIRECTOR DE LA OFICINA DE JPIC

«... Y los hermanos que van,  
pueden comportarse entre ellos espiritualmente de dos modos.  
Uno, que no promuevan disputas y controversias,  
sino que se sometan a toda humana criatura por Dios (1 Pe 2, 13)  
y confiesen que son cristianos.  
Otro, que, cuando les parezca que agrada al Señor,  
anuncien la palabra de Dios...» (Rnb 16, 5-7)

**«Llevar una vida radicalmente evangélica en espíritu de oración y devoción y en comunión fraterna», «dar testimonio de penitencia y minoridad», «anunciar el Evangelio al mundo entero» abrazando en la caridad a todos los hombres y «predicar con las obras la reconciliación, la paz y la justicia» es esencial a nuestra vida de hermanos menores (CCGG 1 § 2).**

La base de nuestra vida en comunión fraterna hunde sus raíces en el anuncio de nuestro Señor Jesucristo. Tenemos la misión de dar a conocer a Cristo, con nuestra vida, a un mundo que sigue caracterizándose por la violencia, la guerra, la marginación y la destrucción del medio ambiente. San Francisco, nuestro Fundador, el «Santo de la encarnación», dio a sus hermanos y a sus contemporáneos un ejemplo sin par de cómo se puede ser pregonero del Evangelio, de palabra y de obra, mediante un compromiso por la justicia y la paz y en armonía con la creación. No podemos ser pregoneros del Evangelio si no vivimos dispuestos en todo momento a la conversión, reconciliados con nosotros mismos, con los hermanos y con la creación entera, que ha sido confiada a nuestro cuidado (cf. *Gén 2, 15*), y si no hacemos todo eso reconciliados con Dios en Cristo, nuestro Hermano y Señor.

«Comportarse espiritualmente», «no promover disputas y controversias», «someterse a toda humana criatura» y confesar que Jesús es el Cristo significa, dicho con otras palabras, ser pregoneros e impulsores de vida, de una vida que hemos recibido todos como regalo, pero sobre la que gravitan diversas amenazas. Los medios actuales de comunicación social, como la prensa, la radio y la televisión, nos permiten comprobar fácilmente cómo los hombres y la creación entera vivimos en «sombras de muerte» (*Lc 1, 79*) y, por tanto, necesitamos el «Sol que nace de lo alto» (*Lc 1, 78*). Existe una estrecha vinculación entre la destrucción del medio ambiente y el creciente empobrecimiento de muchos hombres de nuestro mundo, y viceversa. El río de prófugos, impelidos por el temor a perder la vida y en busca de una existencia en plenitud, no sólo no cesa sino que, por el contrario, aumenta cada vez más. La búsqueda de la satisfacción inmediata de las necesidades subjetivas, no respeta el anhelo que muchos sienten por legar a las generaciones futuras un mundo en el que valga la pena vivir. Difícilmente pueden dominarse las riendas y la conexión global de una vida amenazada por una actividad cuya guía es el principio del desarrollo constante y progresivo a cualquier costo.

Con mayor razón, pues, los hermanos menores estamos llamados a dar testimonio, mediante nuestro arraigo evangélico, nuestra comunión fraterna y nuestra vida sencilla en la diversidad reconciliada, de una existencia liberada en Cristo y por Cristo.

Ése es el objetivo que quiere secundar el presente libro. Este libro, en efecto, no es un «manual», pues no responde a los criterios de un manual propiamente dicho. Lo que pretende con sus artículos sobre nuestra espiritualidad franciscana, sobre nuestra opción por los pobres, sobre estímulos para nuestra oración y meditación, sobre el diálogo en común en torno a los valores y fundamentos de nuestra vocación franciscana, sobre una acción encarnada en las situaciones concretas a la luz de «la justicia, la paz y la salvaguarda de la creación», es ser un *subsidio*, una ayuda para los hermanos. Con ello responde a la solicitud que el «Consejo Internacional para la Justicia, la Paz y la Salvaguarda de la Creación» formuló, en 1995, en su congreso de Seúl, para ayudar a los hermanos a tomar conciencia de que nuestro compromiso franciscano en este ámbito es parte integral de nuestra espiritualidad.

Tras estudiar este *subsidio*, el Definitorio general se ha manifestado a favor de ponerlo al alcance de todos los hermanos, sobre todo de los Coordinadores de Justicia, Paz y Salvaguardia de la Creación de las Provincias y de las Conferencias. Quizás haya quienes, esperando una mayor profundidad de pensamiento y un lenguaje más moderado, no queden satisfechos con lo que el libro ofrece, con sus artículos, fotografías y ejemplos. Esto también es positivo, pues puede incitar a profundizar los temas por propia cuenta. Hemos procurado, al revisarlo, corregir los errores que pudiera haber. Ello no obstante, puede ser que los lectores encuentren inexactitudes y errores. Les pedimos disculpas. No pretendemos ser perfectos. El libro es un *subsidio* en el sentido de una ayuda para la acción concreta.

El fundamento de nuestro ser en el mundo es la contemplación, la escucha interior, la serena atención a los signos de los tiempos, la experiencia de la presencia y del actuar de Dios. Ser-en-el-mundo significa estar en camino, acoger con profunda veneración y respeto la vida, la creación, los hombres, pues la presencia de Dios envuelve y penetra todo. Ojalá este *subsidio* impulse a ello a todos los hermanos.

Concluyo dando las gracias a cuantos han colaborado en la génesis y en la elaboración de este *subsidio*. Todos ellos han trabajado de manera ejemplar. Cito especialmente, como representándolos a todos, a Fr. Francisco O'Conaire, mi colaborador en la oficina de «Justicia, Paz y Salvaguardia de la Creación». ¡Dios les recompense y bendiga con creces, a ellos y a todos los otros!

Fr. Peter Schorr OFM  
Definidor general y Director de JPSC

## INTRODUCCIÓN

### Origen del subsidio

1. La Oficina de Justicia, Paz e Integridad de la Creación (JPIC) de la Curia General, el Consejo Internacional de JPIC formado por los coordinadores de las 15 Conferencias de la Orden, y los Delegados provinciales de JPIC, tienen una importante misión de animación para que estos valores evangélicos y franciscanos sean personalizados por los hermanos y se traduzcan en un estilo de vida fraterno, pacífico y solidario y en compromisos liberadores concretos. Preocupados en cómo realizar mejor este servicio de animación, el Consejo Internacional de JPIC de la Orden decidió en su reunión de Seúl, en agosto de 1995, proponer al Definitorio General, la elaboración de un subsidio o manual sobre JPIC que pudiera ser un instrumento útil para dicho objetivo de animación de estos valores en la Orden. El Definitorio, en su reunión de diciembre de 1995, aprobó la propuesta y encargó a la Oficina de JPIC de la Curia General la coordinación del proyecto.

### Objetivo

2. Este subsidio no es un comentario a los capítulos IV y V de las CC.GG., aunque se inspira en ellos e incluso puede servir para profundizar su conocimiento y vivencia. Este subsidio pretende más bien ofrecer unos materiales o recursos que puedan ayudar a los Delegados y a las Comisiones provinciales de JPIC a realizar su labor de animación. Se ofrece también para que pueda ser utilizado por los encargados de la formación inicial, por las Fraternidades locales en sesiones de formación permanente, e incluso por los hermanos en su labor pastoral.
3. Tratándose de un subsidio no hemos pensado nunca en la posibilidad de algo muy acabado. Somos conscientes de sus limitaciones. De entrada es casi imposible, en los temas de la segunda parte, establecer una óptica que tenga la misma validez para todas las zonas del mundo (aunque siempre los cuestionarios pueden ayudar a aterrizar en la propia realidad). Por otro lado, al haber colaborado en el subsidio un buen número de hermanos de diferentes partes del mundo, quizás se resienta de insuficiente unidad y de algunas repeticiones. Además los temas de la segunda parte no podían ser desarrollados con más amplitud so pena de agrandar excesivamente el libro. Pero en conjunto creemos que se trata de un material que vale la pena y que podrá ayudar en los objetivos propuestos.

### Estructura y contenidos

4. El subsidio tiene cuatro partes. En la primera se establece la visión franciscana del trabajo por la justicia, la paz y la integridad de la creación, un marco teórico para todo el libro desde nuestra espiritualidad, tanto desde las fuentes franciscanas como desde la actualidad de las CC.GG. y los documentos de la Iglesia: El compromiso de y por la justicia, la paz y la integridad de la creación para los franciscanos es herencia de S. Francisco, forma parte del ser hermanos menores y de su misión evangelizadora, y por eso debe ser contenido de su formación inicial y permanente.

La segunda parte la integran siete temas específicos, que nos han parecido los más apropiados y de mayor interés de nuestro carisma. Tienen breve desarrollo teórico, porque no se ha querido hacer un tratamiento amplio que agotara cada uno de los temas, sino que hemos querido que sirvieran para plantear las cuestiones y estimular la reflexión y la acción. Ese breve desarrollo teórico lo completa el relato de experiencias y testimonios de hermanos

de todas las partes del mundo, que nos hacen ver cómo los ideales que nos presentan nuestras CC.GG. no son utopías irrealizables y nos sugieren multitud de posibilidades de acción según los lugares. Completa cada tema un cuestionario para facilitar la reflexión personal o de grupo.

Queremos recordar que al proyectar este subsidio se pensó que cada Conferencia lo pudiera completar con bibliografía de cada uno de los temas, que los profundizasen más y que estuvieran más acordes con la sensibilidad cultural y con las preocupaciones de cada Conferencia.

La tercera parte, tiene varios capítulos en los que se habla de las estructuras de la Orden en lo que se refiere a JPIC: de la historia del movimiento en favor de la JPIC en la Orden en los últimos 25 años; del Consejo Internacional de JPIC; de cómo están organizadas las Provincias y Conferencias en estos campos; de la colaboración interfranciscana en JPIC; y del trabajo por la JPIC en la vida cotidiana y en varios ministerios: evangelización misional, parroquia, medios de comunicación, educación, formación inicial y permanente.

La cuarta parte son unos anexos o apéndices que recogen los textos que hablan de estos temas en los Capítulos Generales y Consejos Plenarios OFM, en las CC.GG., en la Sagrada Escritura, en las Fuentes Franciscanas, en la Doctrina Social de la Iglesia y en la Ratio Formationis. Otros anexos recogen oraciones y direcciones de organizaciones internacionales con las que nos podemos relacionar.

Oficina de Justicia, Paz e Integridad de la Creación

## ABREVIATURAS

### 1. Sagrada Escritura (Las citas bíblicas han sido tomadas de la edición española de la Biblia de Jerusalén)

Ab	Abdías
Ag	Ageo
Am	Amós
Ap	Apocalipsis
Ba	Baruc
1 Co	1ª carta a los Corintios
2 Co	2ª carta a los Corintios
Col	Carta a los Colosenses
1 Cro	Libro primero de las Crónicas
2 Cro	Libro segundo de las Crónicas
Ct	Cantar de los Cantares
Dn	Daniel
Dt	Deuteronomio
Ef	Carta a los Efesios
Esd	Esdras
Est	Ester
Ex	Éxodo
Ez	Ezequiel
Flm	Carta a Filemón
Flp	Carta a los Filipenses
Ga	Carta a los Gálatas
Gn	Génesis
Ha	Habacuc
Hb	Carta a los Hebreos
Hch	Hechos de los Apóstoles
Is	Isaías
Jb	Job
Jc	Jueces
Jdt	Judit
Jl	Joel
Jn	Juan
1 Jn	1ª carta de San Juan
2 Jn	2ª carta de San Juan
3 Jn	3ª carta de San Juan
Jon	Jonás
Jos	Josué
Jr	Jeremías
Judas	Carta de San Judas
Lc	Evangelio según San Lucas
Lm	Lamentaciones
Lv	Levítico

1 M	Libro primero de los Macabeos
2 M	Libro segundo de los Macabeos
Mc	Evangelio según San Marcos
Mi	Miqueas
MI	Malaquías
Mt	Evangelio según San Mateo
Na	Nahúm
Ne	Nehemías
Nm	Números
Os	Oseas
1 P	1ª carta de San Pedro
2 P	2ª carta de San Pedro
Pr	Proverbios
Qo	Eclesiastés (Qohelet)
1 R	Libro primero de los Reyes
2 R	Libro segundo de los Reyes
Rm	Carta a los Romanos
Rt	Rut
1 S	Libro primero de Samuel
2 S	Libro segundo de Samuel
Sal	Salmos
Sb	Sabiduría
Si	Eclesiástico (Sirácida)
So	Sofonías
St	Carta de Santiago
Tb	Tobías
1 Tm	1ª carta a Timoteo
2 Tm	2ª carta a Timoteo
1 Tes	1ª carta a los Tesalonicenses
2 Tes	2ª carta a los Tesalonicenses
Tt	Carta a Tito
Za	Zacarías

## 2. Documento eclesiásticos

CA	Encíclica <i>Centesimus annus</i>
CP	Exhortación apost. <i>Communio et progressio</i>
DH	Declaración <i>Dignitatis humanae</i>
DM	Encíclica <i>Dives in misericordia</i>
EN	Exhortación apost. <i>Evangelii nuntiandi</i>
ES	Encíclica <i>Ecclesiam suam</i>
GS	Constitución pastoral <i>Gaudium et Spes</i>
LC	Instrucción <i>Libertatis conscientia</i> (Libertad cristiana y liberación)
LE	Encíclica <i>Laborem exercens</i>
MM	Encíclica <i>Mater et Magistra</i>
OA	Carta apost. <i>Octogesima adveniens</i>
PP	Encíclica <i>Populorum progressio</i>
PT	Encíclica <i>Pacem in terris</i>
QA	Encíclica <i>Quadragesimo anno</i>
RH	Encíclica <i>Redemptor hominis</i>

RM	Encíclica <i>Redemptoris missio</i>
RN	Encíclica <i>Rerum Novarum</i>
SRS	Encíclica <i>Sollicitudo rei socialis</i>
TMA	Encíclica <i>Tertio Millenio Adveniente</i>
VS	Encíclica <i>Veritatis splendor</i>

**3. Escritos de San Francisco** (Las citas de los Escritos de San Francisco han sido tomadas de J. A. GUERRA (Ed.) San Francisco de Asís. Escritos, Biografías, Documentos de la época, BAC, Madrid 1993, 5ª ed.)

Adm	Admoniciones
AID	Alabanzas al Dios altísimo, escritas para el hermano León
AlHor	Alabanzas para todas las horas
BenBer	Bendición al hermano Bernardo
BenL	Bendición al hermano León
Cánt	Cántico de las criaturas
CtaA	Carta a las autoridades de los pueblos
CtaAnt	Carta a San Antonio
CtaCle	Carta a los clérigos
1CtaCus	Primera carta a los custodios
2CtaCus	Segunda carta a los custodios
1CtaF	Carta a todos los fieles, primera redacción
2CtaF	Carta a todos los fieles, segunda redacción
CtaL	Carta al hermano León
CtaM	Carta a un ministro
CtaO	Carta a la Orden
ExhAD	Exhortación a la alabanza de Dios
ExhCl	Exhortación cantada a Santa Clara y sus hermanas
FVCl	Forma de vida para Santa Clara
NACl	Normas sobre el ayuno a Santa Clara
OfP	Oficio de la Pasión del Señor
OrSD	Oración ante el crucifijo de San Damián
ParPN	Paráfrasis del Padre nuestro
1R	Primera regla (la de 1221)
2R	Segunda regla (la de 1223)
Rer	Regla para los eremitorios
SalVM	Saludo a la bienaventurada Virgen María
SalVir	Saludo a las virtudes
Test	Testamento
TestS	Testamento de Siena
UltVol	Última voluntad a Santa Clara
VerAl	La verdadera y perfecta alegría

**4. Biografías** (Las cita de las biografías también están tomadas de la edición de J. A. Guerra)

1C	Celano: Vida primera
2C	Celano: Vida segunda
3C	Celano: Tratado de los milagros
LM	San Buenaventura, Leyenda mayor
Lm	San Buenaventura, Leyenda menor
TC	Leyenda de los tres compañeros
AP	Anónimo de Perusa
LP	Leyenda de Perusa
EP	Espejo de Perfección
Flor	Florejillas
LI	Consideraciones sobre las llagas
SC	Sacrum commercium

## 5. Otras siglas usadas frecuentemente

CC.GG.	Constituciones Generales
CFF	Conferencia de la Familia Franciscana
CIJPIC	Consejo Internacional de Justicia, Paz e Integridad de la Creación
FI	Franciscans International
JPIC	Justicia, Paz e Integridad de la Creación
OFM	Orden de Frailes Menores (Franciscanos)
ONG	Organización no gubernamental
RFF	Ratio Formationis Franciscanae

# **PRIMERA PARTE**

## **LA VISIÓN FRANCISCANA DEL TRABAJO EN FAVOR DE LA JUSTICIA, LA PAZ Y LA INTEGRIDAD DE LA CREACIÓN**

Esta primera parte establece la visión franciscana del trabajo por la justicia, la paz y la integridad de la creación, un marco teórico para todo el libro desde nuestra espiritualidad, tanto desde las fuentes franciscanas como desde la actualidad de las CC.GG., la RFF y desde el magisterio de la Iglesia:

1. Presencia Franciscana en el mundo
2. Minoridad, opción por los pobres y nuestro trabajo por la paz
3. Justicia, Paz e Integridad de la Creación en la Evangelización y en la Formación
4. Contemplación, unión con Dios y trabajo por la Justicia,
5. la Paz y la Integridad de la Creación
6. Justicia y Paz en la “Ratio Formationis Franciscanae”

## 1. PRESENCIA FRANCISCANA EN EL MUNDO.

### Un hombre nuevo.

Entre los numerosos santos que han ilustrado la historia del cristianismo, Francisco de Asís es uno de los que todavía hoy ejercen un mayor impacto y consiguen atraer más simpatías. Su proyección se extiende más allá de las esferas cristianas. Pertenece a todos. Efectivamente aparece “*como un capullo abierto prematuramente*” dejando entrever el esplendor oculto que aspira a manifestarse en cada uno de nosotros. Creían ver en él “*un hombre nuevo y del otro mundo*”, escribe su primer biógrafo Tomás de Celano<sup>1</sup>.

Tampoco es extraño que en medio del desconcierto actual muchos se vuelvan hacia él para pedirle el secreto de esta sabiduría que supo desarrollar y que se caracteriza por una nueva calidad de presencia en el mundo. Por consiguiente, el don más precioso que Francisco haya podido hacer a los hombres es este nuevo tipo de presencia. Una presencia profundamente humana, evangélica y cósmica a la vez. Una presencia total y que posee el don “*de convertir cualquier hostilidad en tensión fraterna en el interior de la unidad de la creación*” (Paul Ricoeur). “*No ha habido nunca sin lugar a dudas, escribe Louis Lavelle, un hombre que ofreciera de un modo más claro a todos esta presencia total y este don completo de sí que no son más que la expresión de la presencia y del don que Dios hace de sí mismo en cualquier instante y en todos los seres*” (L. Lavelle, Quatre Saints, éd. Albin Michel, Paris, 1951, p. 88).

¿Cuál es entonces el secreto de Francisco de Asís? ¿Cómo se abrió a esta presencia en el mundo en la que todos los conflictos humanos parecen apaciguarse?.

### Un mensaje esencial.

La cuestión es vital para nosotros. Nuestra civilización industrial se encuentra en un callejón sin salida. Estamos orgullosos, con toda la razón, de nuestros progresos científicos y tecnológicos: estos nos han convertido en “*dueños y poseedores de la naturaleza*” según el deseo de Descartes. Pero hoy constatamos que el precio que hay que pagar es caro, muy caro. Por una parte nuestro medio ambiente y, por consiguiente, la calidad de vida se encuentran amenazados por el dominio creciente del hombre y de sus técnicas sobre la naturaleza. Por otra parte, la explotación tecnológica, cada vez más impulsada por los recursos naturales, con el beneficio como única ley, pone de manifiesto graves problemas humanos en el nivel del empleo, de la justicia social y de las relaciones norte-sur. Las situaciones de exclusión se multiplican en el seno de la comunidad humana con el riesgo de comprometer profundamente la paz. Hasta el momento el hombre de la civilización industrial no ha pensado más que en dominar y en poseer. Ahora le es necesario aprender, dentro de una preocupación por la paz y la justicia, a fraternizar con la naturaleza como con su semejante. Sobre este tema Francisco de Asís, el “*Hermano Universal*”, tiene algo esencial que decirnos.

Para que se entienda bien, hay que superar una cierta imagen del Pobre de Asís. Se ha hecho de él una especie de príncipe encantador de la creación. Encantador quizás, pero desesperadamente superficial. El verdadero Francisco tiene una altura y una inspiración diferentes. Fue uno de los innovadores más atrevidos de toda la historia del cristianismo. Por fidelidad al Evangelio rompió con el sistema político-religioso de su tiempo: señoríos de Iglesia, guerras santas y cruzadas. También rechazó pactar con el nuevo ídolo de la sociedad burguesa: el dinero. En cuanto a su actitud fraterna en relación con las criaturas inferiores, lejos de caer en la sensiblería, estaba inspirada en una concepción lúcida y profunda de la creación.

---

<sup>1</sup> 1C 82.

## **El punto de partida: El encuentro con Cristo.**

En el origen de la nueva presencia en el mundo inaugurada por el Pobre de Asís hay una experiencia espiritual que tiene su punto de partida en la conversión del joven Bernardone. Necesitamos encontrarnos con él en el seno de esta experiencia si queremos descubrir su inspiración.

Francisco no nació como "*hermano universal*". Se fue convirtiendo en ello poco a poco, pagando el precio de una conversión profunda. De adolescente y de joven aún no era el hombre de paz que admiramos hoy. Efectivamente sus primeros biógrafos nos lo presentan como un ser afable, cortés, abierto a los demás. Sin embargo, bajo este aspecto exterior seductor se ocultaban un fondo de violencia y ambición y una voluntad de conquista y de dominación.

Hijo de un rico comerciante de telas, Francisco pertenecía a la clase ascendente, ávida de ganancias y de poder. En las ciudades medievales que se habían liberado de la tutela feudal, los ricos burgueses, los comerciantes a la cabeza habían conseguido administrar por sí mismos sus negocios y ejercer el poder. Llevado por esta fuerza social ascendente el joven Francisco se alimentaba también de grandes ambiciones. Le gustaba distinguirse, brillar como el sol, elevarse por encima de los demás, hacerse aclamar rey de la juventud dorada de Asís.

Con la edad sus ambiciones crecieron. Ya no deseaba quedarse en el comercio de su padre ni ser más que un comerciante de telas. Tenía sueños de grandeza. Apuntaba alto. Aspiraba a convertirse en caballero e incluso en príncipe. Si soñaba cuando dormía con la tienda de su padre, la veía transformada en un palacio cuyas salas resplandecían por el resplandor de toda clase de armas. Y todas esas armas brillaban para él. Para él y sus caballeros. Su mirada juvenil le llevaba a la conquista del mundo.

El joven Francisco estaba así fascinado por la gloria. Y la gloria en esta época se conseguía en la guerra. Y he aquí que precisamente la guerra se presentó ante él: acababa de estallar entre Asís y Perugia, la ciudad vecina y rival. Francisco entonces se enrola en la milicia comunal de Asís.

Participa en la batalla de Ponte San Giovanni. Pero en el combate Perugia vence. Francisco es hecho prisionero. Pasa un año en las mazmorras enemigas y cuando regresa a Asís, lo hace con una salud deteriorada. Cae entonces enfermo.

Esta enfermedad que se prolonga y le condena a la inactividad y a la soledad marca un giro en su vida. Francisco se vuelve sobre sí mismo. Experimenta el vacío de sus años de juventud. Y descubre su frivolidad.

Sin embargo, con la recuperación vuelven sus ambiciones guerreras y decide incorporarse con un joven noble de Asís a los ejércitos del Papa que luchan contra los ejércitos imperiales en el sur de Italia. Pero este proyecto dura poco. Una vez llegado a Espoleto Francisco oye una voz interior que le ordena volver a Asís. Francisco obedece. A partir de ese momento su única preocupación será buscar lo que Dios espera de él.

Se retira entonces voluntariamente a la soledad de las pequeñas iglesias abandonadas del campo de Asís, sobre todo a San Damián. Allí durante muchas horas reza contemplando el Cristo bizantino. Este Cristo crucificado pero que irradia paz, le trae la revelación viva y profundamente conmovedora del amor de Dios hacia los hombres. Y Francisco se deja atrapar por completo por la profundidad y el esplendor de este amor. A través de la humanidad de Cristo y de su vida dada por entero, descubre la mirada misericordiosa de Dios hacia el hombre. Y su propia mirada cambia. Su universo se abre a la miseria de los hombres.

El mismo Francisco cuenta en su Testamento el cambio radical que tuvo lugar en él en aquel momento: *“El Señor me dio de esta manera, a mí el hermano Francisco, el comenzar a hacer penitencia; en efecto, como estaba en pecados, me parecía muy amargo ver leprosos. Y el Señor mismo me condujo en medio de ellos, y practiqué con ellos la misericordia. Y, al separarme de los mismos, aquello que me parecía amargo se me tornó dulzura de alma y cuerpo”*(Test 1-3).

### **Una nueva calidad de relación**

Detengámonos un instante en esta transformación. Todo partió de ahí. Francisco no duda en presentar su conversión como una apertura hacia una nueva presencia entre los hombres y en el mundo. Su universo ha estallado. Ahora se atreve a dirigirse hacia aquellos de los que hasta entonces se había mantenido alejado, aquellos que no quería ver y a los que excluía de su propio mundo.

No se trata únicamente de la ampliación del campo de sus relaciones, si no que es también la calidad de su relación lo que ha cambiado. De ahora en adelante ésta ya no estará inspirada por la ambición, por una voluntad de prestigio y de conquista, si no que brotará de otra fuente. Francisco ha descubierto la mirada misericordiosa de Dios hacia el hombre. Y esta mirada le ha hecho cambiar: ha pasado de una voluntad de conquista y de dominación a una actitud de compasión y de comunión. Su mundo se abre a los más desheredados. En el pasado ya daba limosna a los pobres pero esto lo hacía desde lo alto de su condición de joven rico burgués. Los desvalidos no formaban parte de su mundo dorado.

Ahora un muro ha caído. Francisco ve el mundo de otra forma. Ahora lo descubre a la luz de este amor inaudito que se ha manifestado en él: el Altísimo Hijo de Dios se ha despojado de toda su gloria para hacerse uno de nosotros, hermano de todos, incluso de los excluidos. El cielo ha perdido toda su altivez, lo que constituye una visión transformadora que inspira a Francisco una nueva presencia en el mundo. Para él ya no se trata de situarse por encima de los demás o de dominarlos sino de estar con, fraternizar con. Ya no se trata de conquistar el mundo, sino de acogerlo y de comulgar con todos los seres, y de este modo convertirse, como seguidor de Jesús, en hermano de todos y, en primer lugar, de los más humildes y de los más pobres.

Esta nueva presencia en el mundo va a inspirar y orientar toda la vida de Francisco. En lo más inmediato, le hace atento y acogedor a lo que Dios espera de él.

Un día, cuando asistía a la misa en la capilla de Nuestra Señora de los Ángeles, en la Porciúncula, oyó leer el pasaje del Evangelio en el que el Maestro envía a sus discípulos en misión: “no cojáis oro ni plata... en la casa donde entréis decid ‘Paz a esta casa’...”. Esto ilumina el corazón de Francisco. Ha descubierto su vocación, su misión<sup>2</sup> Como los discípulos, se ve enviado a anunciar la gran paz mesiánica. Irá hacia los hombres, “sin oro ni plata ni monedas”, sin ningún signo de poder o de riqueza, con la única misión de anunciar la paz. *“Para saludar, escribe en su Testamento, el Señor me ha revelado que debemos decir: que el Señor os dé su paz”*. Se presentará, no como un conquistador, sino como un amigo, un hombre de paz. Y dondequiera que vaya, se empeñará en “convertir cualquier hostilidad en tensión fraterna en el interior de la unidad de la creación”. Será un constructor de paz, un creador de comunión entre los seres, comulgando él mismo con todos, “con gran humildad”.

### **El mensajero de paz.**

Volviendo la espalda a las guerras santas y a los señoríos de Iglesia, Francisco se dedica a recorrer el país, lanzando a todos su saludo: “Paz y Bien”. Invita a los hombres a reconciliarse, a vivir como hermanos. De este modo en Bolonia, ante la ciudad reunida en la plaza pública, su discurso gira en torno al deber de apagar los odios y de concluir un nuevo tratado de paz. En

---

<sup>2</sup> Cf. 1C 22.

Arezzo, expulsa los demonios de la discordia. Y cuando en su propia ciudad de Asís estalla el conflicto entre el obispo y el alcalde, no parará hasta reconciliar a los dos.

*“A quien quiera trazar las características de la vida de San Francisco de Asís, aunque sea de una manera superficial, escribe P. Lippert, ésta le aparecerá ya desde un primer análisis como una vida de amor, tomando esta palabra en su sentido más sagrado, más fuerte”.* A decir verdad, no se trataba únicamente del amor de un hombre para con sus semejantes, sino del amor mismo de Dios a los hombres, que había poseído a Francisco y que, a través de él, se extendía por el mundo como un sol de primavera, como una fuerza de comunión y de paz.

Y esta fuerza era contagiosa. En efecto, desde muy pronto Francisco ya no estuvo solo. Decenas, y más tarde centenares de jóvenes y de menos jóvenes se unen a él y quieren seguir su ejemplo. Y no tardarán en ser decenas de miles. Uno acude hacia él y hacia su ideal de pobreza como a una fiesta, ya que, al final del camino, se encuentra el gozo de la fraternidad.

### **Creador de fraternidad.**

¡La fraternidad! Eso es lo que buscamos. Es el rostro de esa paz que anuncia Francisco. Un gran movimiento fraternal se levanta a su paso. Este movimiento respondía a un anhelo, a una aspiración profunda de su tiempo. Estaba en el aire la idea de asociación y de fraternidad.

¿No había sido esta idea, junto con la de libertad, la que había inspirado la revolución de las ciudades? Rechazando el poder de los señores feudales y constituyéndose en comunas libres, los habitantes de las ciudades aspiraban a unas nuevas relaciones sociales. El régimen feudal sólo conocía relaciones de vasallaje; el hombre era el vasallo de otro hombre. La comuna, como indicaba su nombre, prometía relaciones sociales más democráticas, más libres, más fraternas. Al menos era eso lo que esperaba el pueblo. Pero rápidamente estas esperanzas quedaron frustradas.

En las ciudades libres, el reino del dinero de los ricos mercaderes sustituyó al reino de los señores. Fue entonces cuando el movimiento franciscano primitivo empezó a suscitar, en el corazón de la gente sencilla, la esperanza en una verdadera fraternidad. Francisco y sus hermanos vivían a la luz del evangelio aquello que las ciudades no habían conseguido realizar.

Las pequeñas fraternidades, tanto las de hermanas como las de hermanos, se multiplicaron rápidamente en Italia y a continuación en toda Europa occidental. Aparecían como hogares de paz y reconciliación. A decir verdad, los hermanos vivían una doble fraternidad: entre ellos, por supuesto, pero también con el resto de los hombres con los que se relacionaban, y más particularmente con los más pobres, los más pequeños. Ninguno de ellos debía ejercer un poder de dominación<sup>3</sup> *“Nunca debemos desear estar sobre otros, decía Francisco, sino, más bien, debemos ser siervos...”*<sup>4</sup> Procedentes de diversos estratos de la sociedad, los hermanos aprendían a vivir juntos respetando su diferencia, es decir, no tenía nada que ver con un modelo de alistamiento, sino que en una fraternidad de estas características, para Francisco, cada hermano era un ser singular, una persona única. La fraternidad sólo se podía construir sobre el respeto hacia las personas. Era siempre la acogida de un “tú” en la atmósfera de un “nosotros”.

No es fácil imaginarse hoy lo que, en esta época, tenía de revolucionario un proyecto así. Hay que recordar que la Iglesia, en su conjunto, era una Iglesia señorial: los obispos a la cabeza de sus diócesis y los abades a la cabeza de sus monasterios, eran verdaderos señores feudales, pero con un poder temporal tal que a veces abarcaba regiones enteras. En este contexto, las innumerables fraternidades franciscanas que surgían en toda Europa transmitían un aire verdaderamente nuevo, una nueva presencia de la Iglesia en el mundo: una presencia creadora

---

<sup>3</sup> Cf. 1R 5-9.

<sup>4</sup> 2CtaF 47.

de una comunión fraterna en la que los más humildes volvían a encontrar su puesto y su dignidad.

### **En la dimensión de la humanidad.**

Pero la mirada de Francisco no se detenía en la Cristiandad, sino que iba mucho más allá. Quería reunir a toda la humanidad en una fraternidad universal. Sin embargo, en aquella época, el mundo estaba dividido en dos bloques: por un lado la Cristiandad occidental y por otro el Islam. Y entre estos dos bloques, la guerra, la guerra santa: la cruzada. Francisco no podía admitir esta ruptura y proyectó tender un puente entre estos dos bloques. El momento no era favorable para una empresa tan ambiciosa. La quinta cruzada estaba en su apogeo. Pero aun así, Francisco decide ir a ver al Sultán de Egipto (un sueño imposible). E, increíblemente, es recibido con gran cortesía en plena cruzada por Al-Malik al-Kâmil, el jefe musulmán. Los dos se mostraron respeto y estima. ¿Se podía esperar más?. Esto ya era mucho; mucho y poco a la vez. La misión de paz del Pobre de Asís chocaba en este punto con un límite.

### **La experiencia del límite y de la profundidad.**

La misión de Francisco iba a conocer otro límite, y esta vez, en el interior mismo de su Orden. Este límite iba a herir a Francisco dolorosamente, en lo más hondo. Nosotros debemos seguirle en esta prueba en la que su presencia ante Dios y ante los hombres va a hacerse más profunda, purificándose. De ahí nacerá un hombre nuevo, una de las personalidades más fuertes, más originales que haya conocido la historia humana.

Efectivamente, no era suficiente desear la fraternidad entre todos los seres para volver a recuperar “la unidad de la creación”. Antes era necesario aprender a desear esta fraternidad con un corazón pacificado, con un corazón que no se dejase turbar por nada, es decir, con un corazón de pobre. Amar no era suficiente, había que aprender a ser pobre, incluso de amor.

Ahí estaba lo más difícil, pero también lo más importante. La voluntad de tener éxito cueste lo que cueste rara vez se encuentra libre de egoísmo y de amor propio, incluso cuando se emplea en reunir a los hombres. Esta voluntad engendra a menudo nuevas exclusiones, por lo que debilita la vida en lugar de serle útil. Al contrario, allí donde la vida se encuentra libre de todo amor propio, puede brotar, resplandecer y crear en completa libertad.

Se puede resaltar, en los Escritos de Francisco, la insistencia con la que denuncia la disensión, la irritación y la cólera como el mayor obstáculo para la caridad en uno mismo y en los demás. Francisco ve aquí el signo indudable de una actitud posesiva, de una apropiación secreta y a menudo inconsciente<sup>5</sup>. Nos creemos puros, generosos, desinteresados, hasta el día en el que sobreviene la contradicción o el conflicto. Entonces nos turbamos, nos irritamos, nos volvemos agresivos, la máscara cae. Defendemos nuestro bien, nuestro territorio, sacando las uñas. Efectivamente el hombre se ha apropiado del bien que el Señor había hecho para él; ha hecho de él su asunto personal.

Si Francisco se expresó con tal lucidez a propósito del desconcierto y la cólera, si recomienda tanto a sus hermanos guardar la paz del alma<sup>6</sup> seguramente es porque él mismo ha sido tentado por el desconcierto y la cólera, y de la manera más insidiosa: a partir de su obra de paz y de fraternidad. A partir de su esfuerzo por crear entre los hombres una verdadera comunión fraterna, “en el interior de la unidad de la creación”.

Sin embargo, todo parecía sonreírle y salirle bien. El número de hermanos no cesaba de crecer. Los Papas, unos detrás de otros, mostraban a la Orden naciente una benevolencia particular.

---

<sup>5</sup> Cf. Adm 4,2; 11,2-3; 13,2; 14,3; 27,2; 1R 5,7; 10,4; 2R 7,3.

<sup>6</sup> Cf. Adm 13; 15; 27,4; 1R 5,7; 10,4; 2R 3,11; Cánt 10.

Francisco tenía todas las razones para dar gracias al Señor por todo el bien que hacía a través de los santos hermanos de su Orden.

Pero pronto el cielo se ensombreció. Surgieron graves disensiones en el seno de la fraternidad. Ante el número creciente de hermanos, se imponía una organización más rigurosa. Había que poner fin a una cierta situación de vagabundeo. Eran necesarias casas y tiempos de formación. No todos estaban de acuerdo con la nueva orientación. Francisco se daba cuenta perfectamente de que no se podía vivir la vida evangélica de la misma manera con cinco mil hermanos que con doce. Pero también veía asomar en algunos hermanos bastante influyentes la voluntad de que la fraternidad siguiera a órdenes monásticas mejor instaladas. Sin embargo, según él, había que salvaguardar ante todo el ideal de sencillez y de libertad evangélicas, así como la nueva presencia en el mundo, bajo el signo de la comunión fraterna con los más humildes.

Fue entonces cuando una angustia profunda invadió a Francisco. ¿No se iría a desviar la fraternidad de su vocación original queriendo adaptarla?. Veía su obra comprometida, controlada por otros que verdaderamente no compartían su espíritu.

### **Un hombre pacificado**

Esta crisis moral, agravada por la enfermedad, fue para Francisco el tránsito obligado hacia una depuración radical. *“Se encontraba fuertemente turbado interior y exteriormente, en su alma y en su cuerpo”*<sup>7</sup> Se retiró a la soledad de un eremitorio para ocultar su pena y su inquietud. El peligro consistía en que se encerrase en el aislamiento y la amargura. Dios le esperaba ahí, invitándole a una purificación suprema. Tenía que desapropiarse de su obra para convertirse él mismo en la obra de Dios, no considerar a su Orden como un asunto exclusivamente suyo sino de Dios. *“No te turbes más... soy el Señor”* Francisco oyó la llamada y entregó todas sus fuerzas al Señor. Dios es, eso basta. Fue entonces cuando el corazón de Francisco se alivió.

Desde este momento podría entregarse a su misión de paz con un corazón pacificado, con un alma iluminada. Lo importante no era fundar una fraternidad ejemplar sino ser uno mismo, un hombre fraterno, transmisor de la bondad del Padre. Ahora Francisco podía escribir a ciencia cierta: *“Son verdaderamente pacíficos aquellos que, en medio de todas las cosas que padecen en este siglo, conservan, por el amor de Nuestro Señor Jesucristo, la paz del alma y del cuerpo”*<sup>8</sup>.

A un hermano responsable de una fraternidad que le pedía autorización para retirarse a la soledad de un eremitorio con el pretexto de que sus compañeros le causaban toda suerte de molestias y le impedían amar al Señor como él habría deseado, Francisco podía responder con la autoridad que da sólo la experiencia personal: *“Todas las cosas que te estorban para amar al Señor Dios y cualquiera que te ponga estorbo, se trate de hermanos u otros, aunque lleguen a azotarte, debes considerarlo como gracia...Y ama a los que esto te hacen. Y no pretendas de ellos otra cosa ...Y que te valga más esto que vivir en un eremitorio...”*<sup>9</sup>.

### **La unidad de la creación**

A partir de ahora, ya nada limita la mirada de Francisco, nada se opone ya a la acción del Espíritu en él, es libre como el viento. Es entonces cuando escribe una carta *“a todos los fieles”*, deseándoles *“la verdadera paz del cielo”*. Esto nos da una idea de la altura de sus expectativas. Pero no sólo quiere unir a todos los hombres en la paz, sino que quiere extender esta paz a toda la creación, reconciliando al hombre con la naturaleza. Este deseo de presencia fraterna en el mundo encuentra su expresión en el *“Cántico del Hermano Sol”* o *“Cántico de las Criaturas”*.

---

<sup>7</sup> LP 63; 1C 104.

<sup>8</sup> Adm 15.

<sup>9</sup> CtaM 8.

Este Cántico que compuso Francisco en el ocaso de su vida es un verdadero testamento espiritual. Expresa un gran impulso de alabanza. El Pobrecillo alaba a Dios por todas sus criaturas. Esta alabanza tiene el resplandor del sol, la dulce claridad de las estrellas, las alas del viento, la humildad del agua, el ardor del fuego y la paciencia de la tierra. Celebra la belleza del mundo. En este Cántico encontramos tres veces el adjetivo “hermoso”. Esta alabanza cósmica se inscribe dentro de la más pura tradición de los cantos bíblicos y de los salmos. Pero aquí se añade algo nuevo: un deseo de comunión fraterna. Francisco fraterniza con las criaturas y rechazando cualquier espíritu de dominación, las acoge a todas como hermanos o hermanas, asociándolas a su destino más alto. Francisco se eleva con todas ellas hacia Dios en la alabanza.

Esta comunión fraterna con las criaturas no es mera sensiblería ni un sueño vano. Por otra parte no se opone a la valoración de los recursos naturales y a su utilización por el hombre. Incluso podemos decir que, según Francisco, los elementos materiales son tanto más fraternos cuanto mayor sea el servicio que presten al hombre. Al mismo tiempo que su belleza, celebra su utilidad, saluda a la hermana Agua como “muy útil”. Hace lo mismo con el hermano Viento, cuyo aliento es vida, o nuestra hermana la madre Tierra, que nos alimenta produciendo toda clase de frutos.

Hay en esta comunión fraterna con las criaturas un gran amor por la vida que se une al amor del Creador por su obra. De ahí procede el respeto religioso que tiene Francisco por todo lo que vive y existe. Recomienda a sus hermanos que van a cortar leña al bosque no dejar tras ellos un desierto, sino permitir a la vida volver a brotar en nuevas frondosidades. Condena cualquier tipo de codicia humana que viole la tierra y torture la vida. Cuántas veces devolvió la libertad a animales capturados inútilmente.

### **Más allá de cualquier conflicto**

El hombre que fraterniza con las criaturas se abre, al mismo tiempo, a todo lo que ellas simbolizan; fraterniza con esa parte oscura de sí mismo que se sumerge en la naturaleza: con su cuerpo y todas sus fuerzas vivas. Francisco no rechaza nada, sino que asume todo en su deseo de impulso hacia Dios. Su vida espiritual no se desarrolla en un universo aparte. Él va hacia Dios con sus raíces cósmicas, con “*nuestra hermana la madre Tierra que nos mantiene y nos gobierna*”. Con esto queda superada cualquier dualidad. Las fuerzas oscuras de la vida son transfiguradas transformándose en fuerzas de luz y perdiendo su carácter temible. El lobo es domesticado, y no solamente el lobo que corre a través de los bosques, sino también, y sobre todo, aquel que se oculta dentro de cada uno de nosotros. La agresividad de la vida se transforma en fuerza de amor. Es ésta quien canta en el “hermano Fuego que ilumina la noche: él es hermoso y alegre, indomable y fuerte”.

En paz consigo mismo, el hombre puede fraternizar con todos sus semejantes. Francisco ha querido añadir a su alabanza a las criaturas la del hombre del perdón y de la paz. Saluda a este hombre como la coronación de toda la obra creadora:

*“Lado seas mi Señor  
por los que perdonan por tu amor,  
por los que soportan pruebas y enfermedades:  
felices si conservan la paz,  
ya que por Ti, Altísimo, serán coronados”*

El Cántico de las Criaturas es el lenguaje de un hombre abierto a su ser total, nacido a una personalidad en plenitud, en el que las fuerzas de la vida y del deseo se han integrado: se han convertido en fuerzas de amor y de luz. Esto otorga a la vida espiritual de Francisco su plenitud y, al mismo tiempo, un carácter resplandeciente.

Francisco descubre el sentido luminoso de la creación a partir de una experiencia interior que constituye una nueva génesis. “*Aparecía, dice Celano, como un hombre nuevo y del otro mundo*”<sup>10</sup>. Su Cántico no es sólo un vibrante homenaje al Creador. También es la celebración de un devenir: canta a la nueva creación en el corazón mismo del hombre fraterno.

El secreto de esta aurora divina es esta pobreza que Francisco vivió, no solamente en relación con los bienes de este mundo, sino de un modo aún más profundo, en el corazón mismo de su relación con Dios. Dejando que Dios fuese Dios, y entregándose totalmente a Él, Francisco se identificó con la presencia total y amorosa del Creador en su obra.

Fr. Eloi Leclerc OFM

---

<sup>10</sup> 1C 82.

## 2. MINORIDAD, OPCIÓN POR LOS POBRES Y NUESTRO TRABAJO POR LA PAZ

### 1. Toma de conciencia

El carisma franciscano siempre ha sido caracterizado por la pobreza. Francisco mismo resume con frecuencia nuestra vocación con las palabras: “guardemos la pobreza y humildad y el Santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo que firmemente prometimos” (2R 12,4).

Pero el modo de entender y practicar la vida evangélico-franciscana ha sido distinto según las épocas. Desde las primeras declaraciones pontificias sobre la observancia de la Regla (Quo elongati, 1230, Gregorio IX) hasta nuestras CC.GG. preconcienciales, la preocupación central se dirigía al cumplimiento literal de la Regla, interpretada en clave jurídico-moral. La pobreza consistía básicamente en la no-propiedad y en el uso limitado de las cosas bajo la autoridad del Provincial y del Guardián. Se distinguía entre voto y virtud; pero ambos aspectos pertenecían a una misma perspectiva, la vida religiosa como camino de perfección cristiana dentro de un marco objetivo e institucional.

¿Qué ha pasado a raíz del Concilio Vaticano II? Al principio, creíamos que se trataba de ajustar algunos puntos de observancia. Ahora somos conscientes de que la Orden está viviendo una etapa ardua y radical de gestación, recreando su propia identidad.

Ahora hablamos de **minoridad**:

- No basta observar los preceptos y consejos de la Regla, sino que se trata de optar por los pobres.
- No basta la austeridad, sino que es necesario crear formas de vida que nos hagan socialmente menores.
- No basta el uso de las cosas en obediencia a los superiores, sino que somos llamados a promover la justicia y ser heraldos de la paz.
- No basta buscar la perfección del voto de pobreza, sino descubrir el modo de vivir hoy, en un mundo conflictivo, injusto y secularizado, las bienaventuranzas del Reino

La minoridad, ciertamente, es una actitud espiritual, pero es, también, una forma de vida evangélica. ¿Qué está pasando?

### 2. Análisis

Dos factores parece que están influyendo en este cambio de perspectiva:

#### A. Nueva conciencia eclesial

Podemos hablar de un “desplazamiento” de los centro evangélicos. Cada época relee el Evangelio, y hoy ciertos acentos son significativos.

1. La Historia de la Salvación como acción de Dios en favor de los pobres. El Reino, Buena Noticia para los desfavorecidos. Preferencias y opciones mesiánicas de Jesús.
2. Si tal es el comportamiento de Dios y la misión consecuente de la Iglesia, en continuidad con Jesús, ¿cuál es el sentido de la vida religiosa hoy?

El seguimiento de Jesús, núcleo de nuestra vocación ¿consiste en la relación personal, en reproducir sus actitudes y virtudes, al margen de la historia, a modo de prácticas ascéticas, o somos llamados a seguir las huellas de Jesús, su dinámica del Reino, en las condiciones actuales de nuestro mundo?

3. Hay indicadores que confirman este desplazamiento:

- la teología del Reino como liberación integral, no meramente espiritual;
- la búsqueda de un modelo de Iglesia más participativo e igualitario;
- la creación y consolidación de las comunidades de base;
- la preocupación constante en los institutos religiosos por estar presentes en medios populares, en barrios periféricos o de marginación.
- la proliferación de comunidades llamadas de “inserción”;
- la participación en las plataformas de lucha por los derechos humanos;
- la asunción del principio de la no-violencia como método de transformación socio-política.

## **B. Contexto socio-cultural**

A partir del Concilio, la Iglesia adopta una actitud positiva ante el mundo y sus esperanzas. Hace tiempo que la historia humana ha iniciado un proceso de autoliberación, que se traduce en rasgos significativos:

1. Todo hombre tiene una dignidad inviolable, y sus derechos deben ser respetados por cualquier autoridad civil o religiosa. El primero es el de la libertad, el de ser protagonista de su propia historia.
2. Igualdad y solidaridad son valores irrenunciables del progreso humano. Sospecha de que en toda desigualdad hay una injusticia. Actitud activa en el cambio social y político.
3. Sensibilidad para los grupos humanos que no pueden acceder a la libertad: el proletariado, los pueblos colonizados, la mujer, el Tercer Mundo...

Este amplio movimiento que pertenece a la modernidad occidental, al principio está caracterizado por un optimismo desmesurado, y muy pronto es fuente de contradicciones, que crean conflictos (por ejemplo, la confrontación entre el liberalismo capitalista y el socialismo), y más tarde, produce un profundo desencanto respecto a todo intento de utopía social (la postmodernidad).

Hoy mismo, dentro de la vida religiosa, percibimos la diferente valoración del compromiso social. Pero, sin duda, nuestra Orden, en las actuales CC.GG., ha incorporado muchos aspectos del humanismo moderno. Los capítulos IV y V lo reflejan claramente. Lo cual quiere decir que los franciscanos hemos discernido el contexto socio-cultural en que vivimos y hemos hecho algunas opciones, porque creemos que concuerdan con el proyecto evangélico original del movimiento franciscano.

Creemos, efectivamente, que la minoridad, tal como se abre camino en la sensibilidad de muchos hermanos y en las CC.GG., aunque no reproduzca literalmente la Vida y Regla, responde fielmente a Francisco y su proyecto.

### **3. A la luz de la Vida y Regla**

La Regla Bulada 3,10-14 sintetiza así las características de la misión franciscana:

*“Aconsejo, amonesto y exhorto en el Señor Jesucristo a mis hermanos que, cuando van por el mundo, no litiguen ni contiendan de palabra, ni juzguen a otros; sino sean apacibles, pacíficos y mesurados, mansos y humildes, hablando a todos decorosamente, como conviene. Y no deben cabalgar sino apremiados por una manifiesta necesidad o enfermedad. En toda casa en que entren digan primero: ‘Paz a esta casa’. Y les está permitido, según el santo Evangelio, comer de todos los manjares que se les sirvan”.*

En síntesis, la misión franciscana consiste en ser menores.

El texto señala los grandes temas que caracterizan esta misión de minoridad:

**3.1. Misión e itinerancia.** La vida franciscana no es “mixta”, una especie de equilibrio entre

contemplación y acción, al modo de los clérigos regulares de la época o de las posteriores formas semimonásticas. Nuestro claustro es el ancho mundo de todos los hijos de Dios, nuestros hermanos (SC 63); nuestra casa, la fraternidad. Por eso, nuestra misión no es una función concreta a realizar (predicar, curar, enseñar, hacer caridad...) dentro de una institución eficazmente organizada. Debemos vivir en estado permanente de misión. A ello nos ayuda un género de vida sin propiedad fija.

**3.2. Misión e inserción.** Necesitamos movilidad, como Jesús, que “*no tenía donde reclinar la cabeza*” (LP 57); la minoridad nos hace solidarios con los últimos de la sociedad (cf. 1R 9). Así fue realizada nuestra salvación, “desde dentro”, asumiendo la condición humana, buscando lo perdido (2CtaF 45; Adm 6; 9; 11).

**3.3. Misión y bienaventuranzas.** La correlación entre textos evangélicos de misión y del sermón de la montaña no es arbitraria. ¿Por qué Francisco ha hablado del apostolado franciscano en términos de una vida configurada por las bienaventuranzas de Jesús? La respuesta es inequívoca: los hermanos son enviados a ser los menores entre los hombres. De ahí la prioridad del ejemplo sobre la función ministerial, no por exclusión, sino por preferencia determinante. La urgencia máxima del Reino es hacerlo realidad entre los hombres, ser discípulos de Jesús, anunciarlo con la propia existencia (CtaO 9; Test 19; LP 58; 103).

**3.4. Misión de paz.** Todo el ministerio cristiano puede resumirse en la reconciliación (2Co 5; Ef 2); pero la opción de Francisco es realizarla por la acción no violenta, prefiriendo sufrir la injusticia a crear divisiones, por medio de aquel amor que espera y soporta sin límites, es decir, siguiendo las huellas de Jesús, que cargó con nuestros pecados (Adm 5; 15; VerAl; 1R 16; 22,1-4; 2R 10, 7-12; Test 23).

En efecto, el proceso vocacional de Francisco es inseparable de la experiencia del mundo de la pobreza y del sufrimiento. La biografía de sus compañeros indica, entre los rasgos que preparan su conversión, su compasión para con los necesitados. Las etapas decisivas están marcadas por una inserción progresiva en la condición de los más desgraciados: los leprosos y mendigos. A pesar de la interpretación excesivamente espiritualista que nos han dado los biógrafos de la visión del Crucifijo de San Damián, hay que relacionarla, sin duda, con la toma de conciencia que Francisco adquiere de la identificación entre el seguimiento de Jesús pobre y humilde y el compartir la existencia con los menores (TC 3; 11-14; 2C 8-12; Test 1-5).

El movimiento franciscano nació en este contexto de marginación social y de servicio a los humildes. El proyecto primitivo de vida, la Primera Regla, lo supone como opción habitual y determinante (2,7; 7,1; 7,13-14; 8, 8-11; 9,2; 11). A pesar de la relectura que Celano nos ha dejado de algunas anécdotas de la pobreza, sigue percibiéndose el aliento primitivo: los hermanos menores no hacen caridad con los pobres, se sienten identificados con ellos (2C 84-85; 87; 92). Es verdad que, con las responsabilidades del servicio a los hermanos y el despliegue numérico y eclesial de la fraternidad, Francisco apenas podrá dedicarse a su misión preferencial. Aun entonces mantendrá insistentemente el principio de minoridad: que los hermanos no prediquen sin permiso de los obispos, ni cuando se lo impida cualquier sacerdote; que escojan tareas marginales a nivel pastoral o de trabajo manual. Lo suyo no es reivindicar nada, sino “hacer penitencia” y ser los menores (RB 9; Test 7-8; LP 20; 58; 2C 146-147; Test 24-26).

#### **4. A la luz de las CC.GG.**

Aunque parezca extraño, la importancia que el tema de la minoridad ha adquirido en nuestro proyecto actual de vida, las CC.GG., empalma más directamente con el movimiento franciscano original que con la tradición de la observancia regular, que tiende a configurar una vida franciscana en que la minoridad queda reducida a ascética de la pobreza.

Como el tema es amplio y posteriormente será tratado en sus aspectos específicos, nos

limitaremos a enunciar escuetamente la dinámica que aportan las CC.GG. a la renovación actual de la vocación franciscana de minoridad:

1. La definición de nuestro carisma (art. 1,2) hace de la minoridad un elemento configurador del seguimiento de Jesús, estrechamente unido a la evangelización mediante el compromiso por la paz y la justicia.
2. El voto de pobreza ya no se entiende sólo en clave jurídico-moral o ascética, sino como un compartir la suerte de los pobres (art. 8).
3. El espíritu de penitencia-conversión no se realiza sólo en la interioridad, sino en el servicio a los más pequeños entre los hombres (art. 32).
4. Nuestro seguimiento de Jesús es de minoridad, como discípulos que viven las Bienaventuranzas del Reino en el mundo, servidores de todos, sometidos, pacíficos y humildes (art. 64). Anotemos la cita de la 2R 3 (“*vayan por el mundo*”), que supone una vida no centrada en el claustro.
5. El art. 65 formula el fundamento teológico de nuestra minoridad, sin el cual todo proyecto de vida y todo compromiso por los pobres queda viciado en su raíz.
6. La vocación de minoridad se plasma prácticamente en adoptar la vida y condición de los pequeños de la sociedad, lo que en el argot actual de la vida religiosa se llama la “inserción” (art. 66).
7. Esta dinámica de “encarnación” no hay que confundirla con la asimilación acrítica de los valores del mundo (art. 67).
8. La opción por formas de vida llamadas de “presencia” (que no necesitan ser justificadas mediante ninguna tarea específica: cf. arts. 83-84) va unida a la misión de justicia y paz, cuyo primer rasgo de fidelidad franciscana es el principio de la no-violencia (arts. 68-69). Lo cual supone un corazón evangélico reconciliado con la humanidad entera y con la creación (arts. 70-71).

Dinámica, pues, de testimonio y de acción, que nace de una misma experiencia evangélica de minoridad.

Hay muchos otros matices en los capítulos IV y V de las CC.GG., que confirman y completan la dinámica de la minoridad. Los rasgos señalados son suficientes para tomar conciencia de los desafíos que las actuales CC.GG. traen a la vida franciscana a las puertas del siglo XXI.

Fr. Javier Garrido OFM

### 3. JUSTICIA, PAZ E INTEGRIDAD DE LA CREACIÓN EN LA EVANGELIZACIÓN Y EN LA FORMACIÓN

#### 1. EVANGELIZACIÓN Y JPIC

El término "evangelización" no fue usado comúnmente en círculos católicos hasta la publicación, en 1975, de la Exhortación Apostólica de Pablo VI "Evangelii Nuntiandi", escrita para conmemorar el décimo aniversario de la clausura del Concilio Vaticano II. En la década anterior al Concilio y frente a la descristianización de Occidente, un grupo de teólogos europeos como Karl Barth había insistido en la necesidad de una teología kerigmática: una proclamación confiada del mensaje fundamental de la salvación por la fe en Jesucristo. Los sermones de Pedro y Pablo, que encontramos en los HECHOS, se usaron como modelos para esta evangelización de base.

El Concilio Vaticano II, cuyo talante fue predominantemente "pastoral", construyó sobre esta experiencia de los teólogos pastorales de Europa, católicos y protestantes, y acentuó la terminología evangélica. Una comparación con el Vaticano I puede servir de ayuda: aquel concilio empleó el término "evangelio" solamente una vez, y nunca las palabras "evangelizar" o "evangelización". El Vaticano II, al contrario, empleó el término "evangelio" 157 veces, "evangelizar" 18 veces, y "evangelización" 31 veces.

El concepto de evangelización propuesto por Pablo VI es más amplio que el propuesto por los teólogos kerigmáticos, que lo consideraban como una "primera proclamación" seguida de una catequesis. Para Pablo VI la evangelización es *"la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella EXISTE PARA EVANGELIZAR, es decir, para predicar y enseñar, ser canal del don de la gracia, reconciliar a los pecadores con Dios, perpetuar el sacrificio de Cristo en la Santa Misa"* (EN 14).

La evangelización proclama la "salvación" que -y esto es muy importante para nuestro tema- se entiende como *"ese gran don de Dios que es LIBERACIÓN DE TODO AQUELLO QUE OPRIME A LOS SERES HUMANOS (en el texto oficial en latín: "liberatio ab iis omnibus quibus homo opprimitur") y sobre todo liberación del pecado y del maligno, dentro de la alegría de conocer a Dios y de ser conocidos por Él, de verlo, de entregarse a Él* (EN 9). Mientras que todos aceptan las frases finales de esta descripción de la salvación, no a todos les gusta el considerar la salvación como *"liberación de todo aquello que oprime a los seres humanos"*. Sin embargo esta interpretación concuerda con la tradición bíblica y cristiana.

El Éxodo, por ejemplo, no fue un acontecimiento "puramente espiritual", fue también y, sobre todo, liberación económica, social, política y cultural. La salvación incluye por tanto, aunque sin identificarse con ella, la liberación de la pobreza que deshumaniza y que aflige hoy a miles de millones de gente en nuestro mundo. Muy pronto en la historia de Israel, Dios explica Su plan de amor: *"Pues no debe haber pobres en medio de ti mientras Yavhé te dé prosperidad en la tierra que hayas conquistado"* (Dt 15,4) - algo que puede ocurrir sólo si la abundancia creada por Dios se comparte equitativamente entre todos los hijos y las hijas de Dios.

Así mismo, San Pablo dice a los Corintios que en materia de riqueza *"habría que buscar una cierta igualdad (entre vosotros)"* (2Co 8,13). La brecha entre ricos y pobres sigue aumentando y debemos considerar esto como algo contrario al plan de Dios. Y además esta brecha que no deja de ensancharse *"constituye una amenaza para el futuro de la raza humana"* (OA 7). Al aumentar dramáticamente el número de los desesperadamente pobres (pensemos, por ejemplos, en los millones de refugiados), debemos recordar que la evangelización es *"un mensaje especialmente vigoroso en nuestros días sobre la liberación"* (EN 29). Construir el Reino de Dios *"significa trabajar por la liberación del mal en todas sus formas"* (RM, 15). Destaca por su importancia fundamental de cara al ministerio JPIC la enseñanza del Sínodo de los Obispos de 1971: La acción

a favor de la justicia y la participación en la transformación del mundo nos aparecen como una dimensión constitutiva de la predicación del Evangelio o, en otros términos, de la misión de la Iglesia a favor de la redención de la raza humana y de su liberación de toda situación de opresión.

## **JUSTICIA**

La transformación del mundo y la liberación de la opresión forman parte de la misión de la Iglesia. Una espiritualidad que es tan "del otro mundo" que no se preocupe de la justicia, de la liberación y de la transformación del mundo, es totalmente inadecuada y no respeta la Biblia. En una declaración sorprendentemente cándida el Sínodo de Obispos de 1987 se afirma que: *"El Espíritu Santo nos lleva a comprender más claramente que hoy la santidad no puede alcanzarse sin un compromiso con la justicia"*. ¡Si no nos comprometemos con esta gran causa de la justicia no podemos crecer en santidad! Por esto la enseñanza social cristiana es *"una parte esencial del mensaje cristiano... y un elemento esencial de la nueva evangelización"* (CA 5).

En el corazón de la enseñanza social de la Iglesia está la *"opción preferencial por los pobres"*, una opción *"a la que toda la tradición de la iglesia da testimonio"* (SRS, 42). San Francisco fue insigne en predicar y vivir esa opción. En su testamento explica que el Señor le llevó entre los más pobres de los pobres - los leprosos a quienes había cuidadosamente evitado. Y entonces Francisco recibió la gracia de redefinir lo que es amargo y lo que es dulce: una descripción preciosa de la conversión. De manera muy semejante a la enseñanza papal contemporánea, Francisco consideró la ayuda dada a los pobres como una cuestión de justicia: *"La limosna es la herencia y justicia que se debe a los pobres, adquirida para nosotros por nuestro Señor Jesucristo"* (1R IX,8).

## **PAZ**

De igual modo, siendo verdad que el joven Francisco deseaba convertirse en guerrero, a raíz de su conversión fue el más ardiente promotor de paz, y esto en un tiempo en que no solamente el "mundo", sino también la Iglesia recurría a la violencia, por ejemplo en las Cruzadas. El movimiento franciscano primitivo fue conocido como una *"delegación de paz"* (1C 24). Francisco sostuvo que la violencia causaba delicias en los corazones de los demonios y rezó un exorcismo sobre la ciudad de Arezzo, desgarrada por los conflictos, porque consideraba la violencia como una señal de la posesión diabólica. (cf. 2C 108). Francisco estaba convencido de que el Señor le reveló el saludo de paz y en sus escritos, los vicios en contra de los cuales pone más alerta, son los que destruyen la paz en uno mismo y en los demás: la arrogancia, la vanidad, los celos, la altivez, la denigración, un espíritu que no perdona. En su lecho de muerte Francisco reconcilió a dos grandes enemigos, al Obispo y al Alcalde de Asís. Fue hombre de paz hasta el final; murió, literalmente, haciendo la paz. El "espíritu de Asís" es un espíritu de paz. Por esto cuando el Papa Juan Pablo II quiso reunir a todos los líderes de las religiones mundiales para rezar por la paz, los invitó a Asís.

San Francisco nos habla hoy a nosotros así como lo hizo con sus seguidores: *"Que la paz que anunciáis de palabra, la tengáis, y en mayor medida, en vuestros corazones. Que ninguno se vea provocado por vosotros a ira o escándalo, sino que por vuestra mansedumbre todos sean inducidos a la paz, a la benignidad y a la concordia. Pues para esto hemos sido llamados: para curar a los heridos, para vendar a los quebrados y para corregir a los equivocados"* (TC 58)

## **INTEGRIDAD DE LA CREACIÓN**

El Concilio Vaticano II nos recuerda que para cumplir nuestra misión debemos leer los "signos de los tiempos". "Los signos de los tiempos" pueden llamarse también los "Signos del Espíritu" ya que indican las muchas maneras en que el Espíritu de Dios está presente y activo en el mundo y en la Iglesia, sensibilizándonos hacia nuevos niveles de concientización. El movimiento ecológico es uno de los signos de nuestros tiempos. Aumenta cada vez más el número de personas que consideran los temas ecológicos como una cuestión de justicia fundamental para las generaciones futuras, y concuerdan con el juicio de Juan Pablo II en que *"la crisis ecológica es un problema moral"* (Mensaje del 8 de diciembre de 1989).

Un científico famoso, miembro de la Pontificia Academia de las Ciencias, sostiene que *"hemos*

violado la confianza del Génesis. Hemos impuesto el concepto de dominio y subyugación y hemos perdido el concepto del cuidado". Y añade que "la manera en que estamos tratando el mundo no es sostenible. Seguir sacudiéndonos nuestra clara obligación por lo que a menudo parece ser nada más que una búsqueda afanosa de prosperidad material tiene que ser considerado como algo inaceptable por una persona moral." El superconsumismo y el derroche, sobre todo en países ricos, son las causas principales de la destrucción del medio-ambiente. Esto nos exige una seria conversión.

Los Franciscanos no tenemos la experiencia científica para resolver la crisis ecológica, pero sí tenemos una visión franciscana de respeto hacia la creación, y esta actitud es la clave para resolver la crisis ecológica. Por estas razones muchos hombres de ciencia proponen hoy que religión y ciencia colaboren juntas de manera que el movimiento ecológico pueda tener un "alma".

San Buenaventura expresa estupendamente la visión mística que Francisco tiene de la creación: "Mas para que todas las criaturas le impulsaran al amor divino, exultaba de gozo en cada una de las obras de las manos del Señor y por el alegre espectáculo de la creación se elevaba hasta la razón y causa vivificante de todos los seres. En las cosas bellas contemplaba al que es sumamente hermoso y mediante las huellas impresas en las criaturas buscaba por doquier a su Amado, sirviéndose de todos los seres como de una escala para subir hasta Aquel que es todo deseable". (LM IX,1). En una simple frase Buenaventura expresa la visión de Francisco así como su propia visión: "Toda criatura es una palabra de Dios, porque habla de Dios". (Comment. in Eccles.). Por razones obvias, el Papa Juan Pablo II declaró en su carta "Inter sanctos praeclarosque viros" (29 de noviembre de 1979) a San Francisco el Santo Patrono de todos los que se preocupan por el bienestar ecológico. El desafío reiterado de Juan Pablo II se presta bien para concluir este apartado: "Os pedimos encarecidamente que respetéis al ser humano que está hecho a imagen de Dios. Evangelizad para que esto se convierta en realidad, y así el Señor puede transformar los corazones y humanizar los sistemas políticos y económicos". (Puebla 1979).

## 2. LA FORMACIÓN FRANCISCANA EN MATERIA DE JUSTICIA, PAZ Y ECOLOGÍA

Nuestras Constituciones Generales (art.126 y ss.) nos recuerdan que TODOS los hermanos estamos en formación. La distinción no es entre hermanos "en formación" y hermanos "fuera de la formación", sino entre los que están en formación inicial (desde el día en que a un hombre se le recibe como candidato hasta el día de su profesión solemne) y los que siguen formándose (desde el día de la profesión solemne hasta la muerte). Nuestra formación continua se considera, así, "el camino de toda la vida" "itinerarium totius vitae" (art.135). Y nuestra formación continua está muy íntimamente conectada con nuestra conversión continua de vida como "hombres de penitencia" (TC 37). Nos sentimos animados a ser como San Francisco, descrito por Tomás de Celano y San Buenaventura como "siempre nuevo"; "siempre empezando de nuevo"; "semper novus"; "semper inchoans" (cf. Analecta Franciscana X, pp. 80, 222, 366, 577, 621). Francisco sigue animándonos, como cuando cerca de su muerte animó a sus primeros seguidores, "a comenzar a servir al Señor, pues hasta ahora escaso es o poco lo que hemos adelantado" (1C 103). Nuestra visión franciscana puede apagarse, así como se apaga el fuego si no lo alimentamos continuamente. San Pablo recordó a Timoteo: "REAVIVA el don de Dios que está en ti" (2 Tm 1,6). Si no alimentamos y custodiamos como un tesoro el don (en nuestro caso la visión franciscana de la vida radical evangélica), podemos perderlo. Tenemos dos opciones: crecer o negarnos a crecer, avanzar o estancarnos. Seguir formándonos, convirtiéndonos, es el camino del progreso y del crecimiento.

Esta interpretación de la formación permanente como proceso que dura toda la vida es confirmada por Juan Pablo II: "Toda vida es un camino incesante hacia la madurez y ésta exige la formación continua... porque no hay profesión, cargo o trabajo que no exija una continua actualización, si se quiere estar al día y ser eficaz" (Pastores Dabo Vobis, 70). Por esta razón, la formación permanente "es una exigencia necesaria en todo tiempo, pero hoy es particularmente urgente, no sólo por los rápidos cambios de las condiciones sociales y culturales de los hombres y los pueblos, sino también

por la 'nueva evangelización', que es la tarea esencial e improrrogable de la Iglesia en este final del segundo milenio" (ibid. 70).

*"La nueva evangelización necesita a nuevos evangelizadores"* (ibid 70). Como ya hemos dicho antes, esta nueva evangelización - que también nosotros debemos considerar como nuestra "tarea esencial y urgente" - *"debe incluir entre sus elementos esenciales una proclamación de la doctrina social de la Iglesia"* (CA 5). No podemos proclamar esa doctrina si no la conocemos; el estudio y la reflexión sobre la enseñanza social de la Iglesia constituye un elemento esencial en nuestra formación permanente. (Cf. CC.GG, art.96). Esa enseñanza, una llamada real a la conversión, fue enunciada para la Iglesia universal por el Concilio Vaticano II, especialmente en la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, y en numerosas encíclicas papales. Las conferencias episcopales han desempeñado un valioso servicio aplicando la enseñanza social universal a la condición de sus propios continentes y países. Destacan, entre esos esfuerzos, las reuniones de la Conferencia de Obispos latinoamericanos (CELAM) y especialmente CELAM II (que tuvo lugar en Medellín en 1973).

Medellín infundió vitalidad nueva en la Iglesia latinoamericana, dándole una nueva dirección: *la "opción preferencial por los pobres"*. Un camino de cinco siglos de "ser iglesia" en América Latina (aliada con las oligarquías y las clases dominantes, aun predicando la "caridad" a los pobres) murió en Medellín, y nació una manera nueva, más evangélica. Medellín es un ejemplo estupendo de formación continua y de conversión, pero también de Iglesia universal. (Es interesante notar que en su mensaje a los Pueblos de América Latina, Medellín acuñó el término "nueva evangelización" usado incontables veces desde entonces, sobre todo por el Papa Juan Pablo II. Una lección importante que podemos aprender de Medellín, especialmente en lo relativo a la formación continua en materia de justicia, paz y ecología, es la importancia de la experiencia. En aquella Conferencia los Obispos de América Latina se sirvieron del método inductivo, es decir que no iniciaron con un estudio de doctrinas abstractas, sino con un análisis de la experiencia vivida por millones de pobres latinoamericanos. Hicieron suyas las palabras del Concilio Vaticano II: *"El gozo y la esperanza, las tristezas y angustias del hombre de nuestros días, sobre todo de los pobres y de toda clase de afligidos, son también gozo y esperanza, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo"* (GS 1).

San Francisco también se convirtió, no leyendo libros sobre la lepra, sino por su experiencia entre los leprosos y a su servicio. (Cf. Test 2). Fue esa experiencia vivida la que le llevó a redefinir lo que para él era amargo y lo que era dulce. Quiso que sus hermanos tuviesen una experiencia y una conversión semejantes. Los hermanos *"deben gozarse cuando conviven con gente de baja condición y despreciada, con los pobres y débiles, y con los enfermos y leprosos, y con los mendigos de los caminos"* (1R IX,2). La lectura de libros y artículos sobre la pobreza, el hambre, los sin techo, la plaga de la violencia, la destrucción del medio ambiente, la escucha de conferencias sobre esos temas pueden ser útiles y hasta necesarias. Debemos estar bien informados para afrontar esos temas con competencia. Pero la experiencia de compartir la vida de los pobres y de trabajar con otros comprometidos a encontrar una solución cristiana a la pobreza deshumanizadora, a la violencia y a la destrucción del medio ambiente tiene mayor importancia aún para nuestra formación y conversión continuas. *"El hombre contemporáneo cree más a los testigos que a los maestros; cree más en la experiencia que en la doctrina en la vida y los hechos que en las teorías"* (RM, 42).

Todos los hermanos deberían hacer la experiencia de implicarse directamente, aunque fuera ocasionalmente, en ministerios dedicados a cuestiones de justicia, paz e integridad de la creación. Un resultado feliz de esta experiencia podría ser que empecemos a dar más importancia a estas cuestiones en todos nuestros ministerios, sean los que sean. Así podríamos mentalizar a las personas a las que prestamos nuestro servicio, impulsándolas a ellas también a una conversión continua, para que juntos podamos realmente apresurar la llegada del Reino de Dios sobre la tierra. Esto tiene una importancia particular en nuestro trabajo con la juventud, porque con su energía y entusiasmo los jóvenes están llamados a dar su aportación única y necesaria a la promoción de los

valores del Reino. Formados en el análisis social/cultural, los jóvenes entenderán mejor las causas que están en la raíz de los males sociales que infestan nuestro mundo y dedicarán sus energías a eliminarlos; y siendo la formación en la Resolución Pacífica de los Conflictos positiva para todos, lo es especialmente para los jóvenes, que son tan a menudo víctimas de la violencia y se sienten fácilmente tentados a recurrir a ella. Resumiendo, proponemos tres pasos:

### 3. RESUMEN

#### ORACIÓN

Aunque las cuestiones de justicia, paz y ecología sean a menudo consideradas como cuestiones "seculares" (y de hecho interesan a muchos honestos humanistas seculares) nosotros las abordamos como hombres de fe. Reflexionar en un clima de oración sobre textos de la Escritura que abordan estos temas es de primera importancia, porque sobre todo buscamos descubrir y realizar el plan de Dios para la creación. La oración al Espíritu Santo es especialmente necesaria, porque el Espíritu es siempre el agente principal de toda la obra de evangelización. En la Constitución sobre la Liturgia (35,4), el Concilio Vaticano II recomendó el fomento de las Celebraciones Sagradas de la Palabra de Dios, llamadas también Vigilias Bíblicas. Nuestras Constituciones Generales (22,2) recomiendan lo mismo, tanto en nuestras fraternidades como con la gente. Estas celebraciones sobre justicia, paz e integridad de la creación podrían fácilmente prepararse usando los textos bíblicos del Leccionario para la Misa que trata del tema de Justicia y Paz. Además de los textos bíblicos, muchas fuentes franciscanas, tanto antiguas como modernas, tratan estos temas. No hay correspondencia de Misa Votiva para la Ecología, empero pueden encontrarse muchos textos bíblicos que tratan de la integridad de la creación, como por ejemplo Gn 1; 2,4-7; 15; 9, 8-17; Lv 25, 23-24; Sal 8, 65, 104, 147, 148; Jn 1,1-5; Rm 8,18-25; Col 1,15-23; Ap 21, 1-5. Entre las muchas fuentes franciscanas, el Cántico de San Francisco al Hermano Sol merece mención especial. (Textos para esos encuentros de oración se pueden encontrar en la IV Parte de este manual).

#### ESTUDIO Y REFLEXIÓN

En su Carta Tertio Millenio Adveniente, n.36, el Papa plantea una cuestión candente: *"Hay que preguntarse cuántos cristianos conocen a fondo y practican coherentemente las directrices de la doctrina social de la Iglesia"*. Estas palabras nos invitan a nosotros, y sobre todo a los hermanos a quienes ha sido confiado el ministerio de predicar y enseñar, a un serio examen de conciencia. ¿Conocemos bien la tradición católica sobre los temas candentes de justicia, paz e integridad de la creación? Nuestra manera de pensar ¿es realmente católica? ¿Pensamos globalmente y actuamos localmente? ¿Qué importancia prestamos en nuestros ministerios a estas cuestiones acuciantes? Si la gente a la que prestamos nuestro servicio ignora en gran medida la tradición social católica, ¿en qué medida la culpa es nuestra? Debemos tener presente que la *"nueva evangelización"* - a la que urgente y repetidamente nos insta el Papa Juan Pablo II, sobre todo en los umbrales del tercer milenio, *"debe incluir entre sus elementos esenciales el anuncio de la doctrina social de la Iglesia"* (CA 5). Esta doctrina, con sus principios de validez universal, necesita "tomar carne" en las situaciones concretas de cada continente, país y localidad. Estas aplicaciones concretas requieren también competencia, fruto del estudio, reflexión y análisis socio-cultural. En este contexto necesitamos acentuar la importancia de la función de los laicos ya que la solución práctica a los problemas que atañen a la justicia, la paz y la ecología dependen casi exclusivamente de la competencia y de la buena voluntad de los laicos. La pregunta que debemos plantearnos es: ¿estamos formando la conciencia social cristiana en los laicos a quienes prestamos nuestro servicio? El camino laical a la santidad no es mediante la "fuga mundi" monástica, sino viviendo en el mundo, entregándose a renovar el orden temporal de manera que corresponda al plan de Dios. En palabras de Papa Juan XXIII: *"No deberíamos ver artificialmente la oposición donde no existe: en este caso, la oposición entre la perfección personal y la actividad propia en el mundo, como si una persona pudiera ser perfecta solamente apartándose de las preocupaciones temporales. Por el contrario, corresponde perfectamente al plan de la Providencia el hacerse perfecto (sic) a través del trabajo diario, y para la mayoría de la raza humana que trabaja esto se dará en el orden*

*temporal*" (MM 2249f). Por lo tanto también el estado laical es "un estado de perfección", vivido en el mundo, mientras se lucha por la renovación del orden temporal. Los laicos ¿oyen este mensaje de nosotros?

### **ACCIÓN**

Ya se han hecho algunas sugerencias, como el estudio y el prestar más atención a estos temas de justicia, paz e integridad de la creación en nuestros ministerios. Otras actividades dependerán ampliamente de las condiciones locales, y por lo tanto se dejan a las conferencias, y a los Capítulos provinciales y locales. Los Capítulos tienen un papel importante, para nuestra formación continua a nivel personal y comunitario (CC.GG. 135), ya que estamos llamados a responder a las necesidades acuciantes de nuestro tiempo a la luz del Evangelio, tanto a nivel personal como en fraternidad. Hacemos notar, sencillamente, que sin la acción, el estudio y la reflexión quedan estériles.

### **CONCLUSIÓN**

Al prepararnos para lo que el Papa Juan Pablo II llama "EL GRAN JUBILEO DEL AÑO 2000" (TMA n.17), los Hermanos Menores reconocemos, con agradecimiento, que el ejemplo de San Francisco tiene mucho que ofrecernos para responder a los urgentes retos sociales de nuestros tiempos. Francisco fue realmente el "*Padre de los Pobres*" (1C 76), cuya fraternidad fue conocida como una "*Delegación de Paz*" (1C 24) y él se consideraba el Hermano de la toda la Creación (Cántico). Como hijos de Francisco y de la Iglesia debemos responder al llamamiento urgente del Papa: si decimos que Jesús vino a "*anunciar la buena noticia a los pobres*" (Mt 11,5; Lc 7,22), ¿cómo no subrayar más decididamente la opción preferencial de la Iglesia por los pobres y marginados? Se debe decir ante todo que el compromiso por la justicia y la paz en un mundo como el nuestro, marcado por tantos conflictos y por intolerables desigualdades sociales y económicas, es un aspecto sobresaliente de la preparación y de la celebración del Jubileo del año 2000. Así, en el espíritu del Libro del Levítico 25,8-12, los cristianos deberán hacerse voz de todos los pobres del mundo (cf. TMA 51).

Fr. Charles Finnegan OFM

#### 4. CONTEMPLACIÓN, NUESTRO TRABAJO A FAVOR DE LA JUSTICIA, LA PAZ Y EL CUIDADO DE LA CREACIÓN Y LA UNIÓN CON DIOS

Al hablar de contemplación en relación con el trabajo por la justicia, la paz y el cuidado de la Creación, nos encontramos con frecuencia en una situación de desventaja pues estos importantes aspectos de nuestra vida evangélica son, muchas veces, entendidos de forma estereotipada. Algunos creen que existe una dicotomía entre la contemplación y el trabajo a favor de la justicia. La contemplación, piensan, es un retirarse de las actividades y afanes de la sociedad para vivir una presencia tranquila, pacífica y abstracta que evita el dolor, la confusión y las preguntas suscitadas por el sufrimiento de la historia humana y de nuestras vidas personales. Parece que el trabajo por la justicia y la paz implica una actividad extrovertida en la que las personas quedan atrapadas dentro de la dinámica social, sus problemas y sus retos. Insistiendo en este estereotipo se dirá que la oración contemplativa es una huida hacia el aislamiento de la interioridad privada mientras que el compromiso con la paz, la justicia y la integridad de la Creación es una labor propia de frailes marginales motivada, muchas veces, por un ardor excesivo orientado a cuestionar el orden político y promover cambios. Es una actividad totalmente volcada hacia los problemas sociales donde no se valora la interioridad ni el tiempo para la reflexión sosegada.

Con frecuencia se confunde la contemplación con la meditación. La meditación es una actividad que limita, concentra o restringe nuestra atención y nuestra conciencia focalizándola en un punto particular. Por ser una actividad mental, la concentración necesaria requiere tanto disciplina intelectual como ausencia de emociones. La contemplación (con-templo, estar en un lugar sagrado) comparte algunas de estas características como, por ejemplo, la focalización de la atención. Pero la meta de la contemplación es otra. No satisfecha con la observación, implica activamente la persona entera, intelectual, afectiva y físicamente, en la búsqueda de la unión con Dios. Se trata más de una unión consciente que de observación. Existen distintas escuelas y metodologías tanto para la meditación como para la contemplación.

Jesús exige a sus seguidores el esfuerzo constante por permanecer despiertos, alertas a todo cuanto sucede alrededor, siempre preparados para actuar. El *“Reino de Dios es como un mercader en busca de la perla más preciosa”* y que cuando la encuentra actúa con decisión para conseguirla.; el Reino de Dios es comparable a las amigas de la novia que, mientras esperan al novio permanecen despiertas cuidando sus lámparas encendidas, de forma que en cuanto éste se acerque puedan verlo. *“El Reino de Dios es como el siervo fiel que espera el retorno de su señor ... quien llega como el ladrón en la noche, sin que sepas ni el día ni la hora; por tanto, mantente despierto y preparado”*.

El discípulo permanece despierto y alerta no para apreciar intelectualmente el significado de la vida, sino con el fin de retornar a la vida como una persona iluminada para el servicio. Jesús declara a sus seguidores que él ha venido *“para que tengamos vida y vida abundante”*. Por medio de parábolas Jesús despierta a la gente invitándola a involucrarse en ellas, a identificarse, por ejemplo, con el novio o a adoptar el papel del siervo que espera a su señor. La contemplación recorre el camino de la compasión: toma de conciencia, acción y unión. Estas etapas están conectadas por la reflexión, que puede ser personal o comunitaria.

Quien sigue el evangelio de nuestro Señor Jesucristo en la forma como Francisco describe la vida franciscana no huye de la sociedad con el fin de preservar su vida sino que entrega su vida para que podamos transformarnos en una Nueva Creación. Jesús nos invita al compromiso, la acción y el cambio. El Reino de Dios es comparado a la levadura que pierde su propio ser en el seno de la masa, convirtiéndose en algo nuevo y útil para los demás, en un pan que los alimenta.

La historia del Buen Samaritano es una de las descripciones más simples y concisas de las etapas de la contemplación cristiana: El samaritano se une a Dios en razón de su estar alerta y su actuación compasiva. En esta parábola, el sacerdote, en su deseo de guardar la pureza ritual evitando tocar a alguien que parece muerto, pasa de largo junto al hombre maltratado. El levita, conocedor de la Ley y los Profetas, también evita la víctima. Tanto el sacerdote como el levita están absorbidos por su propio mundo interior (probablemente, con buena intención) donde encuentran la protección de las normas y regulaciones externas. Incluso viendo al hombre herido encuentran razones prácticas, religiosas y legales para evitar su dolor y su miseria. El samaritano, por el contrario, fue el hombre despierto y alerta, el que ve y responde. Él sí entendió su lugar en medio de la creación y supo actuar en consecuencia.

El puente tendido hacia el otro por la compasión, el cuidado físico del herido por parte del samaritano, fue una respuesta activa del amor. Su respuesta catalizó la unión de tres voluntades: la del samaritano, la del hombre apaleado y la de Dios. Con frecuencia, la acción compasiva queda absorta en la preocupación de la misión o en la emergencia de la acción y, sólo más tarde, después de la reflexión, nos damos cuenta de que hemos estado participando en la vida y actividad de Dios.

Del mismo modo que la respuesta del samaritano, la vida de S. Francisco reproduce un movimiento similar de observación, compasión, y acción. Su conversión personal es una clave para comprender el significado de la contemplación franciscana. Fue un momento de unión afectiva con Dios que tuvo lugar a través de distintos movimientos y en varios niveles: En primer lugar, una experiencia; luego, la reflexión y comprensión de esta experiencia y, finalmente, la identificación de la misma como algo de Dios y como un estar con Dios. La gracia no comenzó en la capilla abandonada de S. Damián o en el silencio del Monte Subasio. Francisco experimentó su unión liberadora con Dios un día, en un camino lejos de la seguridad de Asís, sorprendido por un leproso. Francisco, espontáneamente, le abrazó y le besó. Más tarde supo que en este abrazo con el leproso, de algún modo, él había sido abrazado por Dios y que, desde ese momento, su vida entera cambió. La “dulzura y la luz” que, según la descripción de Francisco, manó de este acto de compasión no fue el regalo paternalista de Dios por haber sido bueno con el pobre hombre. Fue el resultado manifiesto de la unión de voluntades en el ejercicio del amor. Francisco identificó el acontecimiento del camino y no el proceso de reflexión, como su momento de conversión, de encuentro con Dios.

Tanto Jesús como Francisco tuvieron sus momentos personales de oración privada en lugares tranquilos. Sabemos muy poco de estos momentos privados. Sin embargo, la Escritura y las biografías de Francisco ofrecen muchos relatos en los que uno y otro están en contacto directo con Dios al tiempo que interactúan con otras personas y con la creación. Jesús tuvo su experiencia más directa de Dios no durante un sueño, sino en el río Jordán, de pie entre la multitud ante Juan el Bautista. Luego marchó al desierto buscando comprender con más claridad esta experiencia; no en busca de visiones. Jesús experimentó regularmente su unión directa con Dios al encontrarse en presencia de otra persona necesitada y llena de fe. Podía sentir cómo el poder de Dios se movía físicamente a través suyo en el momento en que los enfermos sanaban. Pudo imponer la calma en la tormenta y ordenar que se secase la higuera. Todos estos momentos de contacto y unión consciente, de saberse en un lugar sagrado con Dios eran “contemplación en la acción”. Hay también muchas historias acerca de S. Francisco en las que se describe su gozo delirante en Dios en medio de la gente y la creación (Greccio, Cántico de las criaturas, predicación a los pájaros). Jesús se retiró al desierto y Francisco a las montañas y cada uno comprendió en profundidad quién era el que así interactuaba con ellos en sus vidas.

El amor de san Francisco por la encarnación de Dios en el pobre Jesús de Nazaret fue fundamental en el desarrollo de la conciencia social del cristianismo occidental. El abrazo de Francisco al leproso, que era en su época el ejemplo más claro de marginación, y su posterior convivencia con los leprosos en las afueras de Asís abrió un nuevo camino para la contemplación. Este abrazo apasionado del Amor de Dios Encarnado inspiró a otros a creer y

amar a ese Dios que con tanta seriedad se implica en nuestra historia. Esta es, en parte, la razón por la que la Orden nos dice que *“A ejemplo de S. Francisco, a quien Dios condujo entre los leprosos, todos y cada uno de los hermanos tomen opción a favor de los ‘marginados’, de los pobres y oprimidos, de los afligidos y enfermos (...) y observando los acontecimientos actuales desde la condición de los pobres...”* (CC.GG. 97, 1-2). La creciente confianza y aprecio por la Encarnación y sus implicaciones abrió nuevos caminos a la Iglesia y a la civilización occidental. Por el contrario, para la Cristiandad oriental que no tuvo un S. Francisco de Asís, la mayor parte de los misterios sagrados han permanecido ocultos tras el iconostasis, dentro de los iconos, la música y el incienso, alejados de los hospitales, orfanatos, escuelas y documentos sociales de la Iglesia.

Para nuestros antecesores en la fe, los judíos, la justicia era restauración no castigo. Un juez ejercía la justicia cuando restauraba aquello que había sido robado o dañado. Ocasionalmente ordenaba el encarcelamiento de una persona hasta que hubiera devuelto todo lo que debía. En la Biblia, en el Génesis y el Apocalipsis se revela el plan original de Dios para crear y restaurar la humanidad a través de los símbolos del jardín del Edén y de la Nueva Jerusalén. La justicia trabaja sin cesar para que el Reino de Dios “venga a la tierra así como ya es en el cielo” de modo que la humanidad viva en paz y consciente de la presencia de Dios.

Fieles a Francisco y a nuestra tradición, debemos resistirnos a crear una falsa dicotomía entre contemplación y trabajo por la justicia, dicotomía que sólo conduce a una visión dualista de la vida. Cada uno de nosotros, llamado a ser un hermano inferior, un fraile menor, tiene la responsabilidad de estar atento a todo lo que ocurre a su alrededor para desarrollar una actitud habitual de observación y disposición a unirse con Dios en su tarea amorosa de restauración. *“Los hermanos menores, insertos en el pueblo de Dios, atendiendo a los nuevos signos de los tiempos y respondiendo a las condiciones de un mundo en evolución...”*(CC.GG. 4,1). La reflexión orante asegura, identifica y refuerza la experiencia de la actividad salvadora de Dios. Nos recuerda que Dios no vive fuera de nuestra historia sino en su interior. Necesitamos tiempo para retirarnos de nuestra actividad con el fin de entender mejor lo que va sucediendo y para reincorporarnos con más coraje en la acción de Dios que nos envuelve

El discernimiento nos ayuda a entender hacia dónde conduce el Espíritu a nuestra comunidad. Nuestros proyectos, las estructuras que tenemos, las asociaciones y colaboraciones que establecemos con otras personas y organizaciones de buena voluntad deben hacernos más atentos a lo que ocurre en nuestra sociedad para así abrazar la realidad –incluso aquellos aspectos que quisiéramos evitar– y unirnos a Dios allí donde El vive y trabaja. En nuestras estructuras, capítulos, trabajo y vida comunitaria debemos estar unidos con Dios de forma que su “Reino llegue sobre la tierra así como es en el cielo”.

Fr. John Quigley OFM

## INTRODUCCION

### a) *Origen, objetivo, estructura de la Ratio*

La *Ratio Formationis*, aprobada en 1991, constituye el Documento orientativo de la formación, tanto inicial como permanente, para toda la Orden, y responde a la convicción de que «la formación de los miembros en la fidelidad a los orígenes del propio carisma y a los signos de los tiempos es el primer desafío» (Presentación) de la Orden y de las Provincias. Con el objeto de ayudar a las Provincias y a todos los hermanos a responder a este desafío, este Documento ha querido recoger y aplicar a la formación los frutos de la reflexión renovadora llevada a cabo, en el campo de la formación, desde el Capítulo General de 1967, reflexión que se vio plasmada sobre todo en las CC. GG. De 1987, pero también antes en los capítulos de Medellín en 1971 y de Madrid en 1973 y en el Consejo Plenario de 1981, todos los cuales tuvieron como tema central precisamente la formación.

En los Congresos de Maestros de novicios (1988) y de Maestros de profesión temporal, por otra parte, se había puesto de manifiesto la necesidad de un instrumento formativo que ofreciese a toda la Orden unos principios y unas líneas programáticas comunes.

Fruto de todo ello es la *Ratio Formationis*, que no es propiamente un documento jurídico, sino más bien inspirador, orientativo.

Está dividido en tres partes:

I. VOCACIÓN EVANGÉLICA DEL HERMANO MENOR: parte del artículo 1 de las CC.GG. y recoge los rasgos fundamentales del carisma franciscano desarrollados en los cinco primeros capítulos de las CC.GG.

II. FORMACIÓN FRANCISCANA: desarrolla el capítulo VI de las CC.GG. sobre la formación, siguiendo los temas según la misma estructura del capítulo VI.

III. FORMACIÓN GENERAL, TEOLÓGICA, PROFESIONAL Y MINISTERIAL EN EL ESPÍRITU FRANCISCANO: desarrolla el título VI del capítulo VI de las CC.GG. sobre «Otros aspectos de la formación».

La *Ratio* sigue de cerca a las CC.GG.; contiene unas ochenta citas explícitas de las CC.GG., sin contar las del Apéndice; su influjo es visible en lo que se refiere a Justicia y Paz. Cuenta igualmente con muchas alusiones al Documento de Medellín sobre la Formación (nueve referencias, sin contar las del Apéndice).

### b) *La Justicia y Paz en el Documento*

¿La cuestión de la Justicia y Paz está tan significativamente presente en la *Ratio* que merezca ser objeto de estudio? A quien se acerque a este documento desde esta óptica no le cabrá duda de que sí: no sólo las claves fundamentales de la Justicia y Paz están muy presentes, sino que incluso constituyen la perspectiva de fondo para todos los aspectos principales de la formación

Es evidente que no se trata de un Documento sobre la formación en clave expresa de Justicia y Paz y, sin embargo, todas las coordenadas fundamentales de la Justicia y Paz se hallan explicitadas, a menudo como enfoque explícito, siempre como trasfondo real.

Algunas limitaciones son palpables:

6. Hay un silencio notable del carácter estructural de la injusticia y de sus implicaciones en la formación (sólo una alusión en este sentido).
7. Parece estar más presente la dimensión cultural de la Justicia y Paz que su vertiente sociopolítica.
8. No se alude a la problemática de la marginación de la mujer.
9. Sobre todo, no ofrece pistas pedagógicas concretas y diferenciadas en orden a desarrollar el tema de la Justicia y Paz en las diversas etapas de la formación.

Dicho esto, hay que reconocer que no sería realista pedir mucho más a un Documento como éste que se propone ofrecer unas orientaciones generales para toda la Orden en toda su pluralidad y complejidad. En concreto, no es el objetivo de un Documento de estas características ofrecer concreciones pedagógicas, sino más bien brindar principios inspiracionales, horizontes operativos, criterios de discernimiento.

### *c) Nuestro propósito*

No hacemos una lectura o presentación lineal de la *Ratio*. Tampoco descendemos a aspectos pedagógicos. Tratamos simplemente de recoger las afirmaciones que nos parecen básicas, apuntando algunos comentarios y esbozando algunas reflexiones de fondo.

Ordenamos estas afirmaciones en tres secciones: unos principios de espiritualidad, unos objetivos de la formación, unos lugares e instancias o medios formativos.

## **I. UNOS PRINCIPIOS DE ESPIRITUALIDAD «EN JUSTICIA Y PAZ»**

Toda formación se sustenta sobre una espiritualidad determinada. También la formación en la Justicia y Paz presupone una espiritualidad, es decir, una manera de concebir el encuentro entre el hombre y Dios, un modo de entender el camino de la persona hacia Dios en la sociedad y en el mundo en el que vive. En esta Primera Parte, voy a destacar tres elementos que están muy presentes en la *Ratio* y que configuran de alguna forma una «espiritualidad de la Justicia y Paz», es decir: una espiritualidad del seguimiento de Jesús, el Justo y Pacífico; una espiritualidad que contempla a Dios en las víctimas; una espiritualidad de la encarnación y de la praxis.

### **1. UNA ESPIRITUALIDAD DEL SEGUIMIENTO DE JESUS**

El seguimiento de Jesús es una de las insistencias más reiteradas en la *Ratio*, sobre todo en la Primera Parte; utiliza la expresión «seguimiento de Jesucristo» más de veinte veces (Presentación; nn. 1; 3; 5; 6; 8; 9;10; 11;12;16; 17; 20; 30; 35; 36; 41; 44: 56 3a; 132;142). El hermano formando es ante todo un “discípulo” (1; 5; 26), llamado a “seguir las huellas de Cristo” (1; 17), más concretamente, a «testimoniar ante el mundo a Jesucristo pobre y humilde» (24), a «Cristo pobre y crucificado» (1;15; 29; 36; 57), a «Cristo pobre, humilde y crucificado» (17). Esa es la identidad del hermano formando. Esa es la perspectiva y el horizonte de la formación.

Creo que ahí se nos da la clave de una formación en la Justicia y Paz. El seguimiento es lo que fundamenta y da sentido a la causa de la Justicia y Paz que abraza el hermano menor. Por eso, lo primero que ha de procurar la formación es hacer seguidores, discípulos de Jesús.

Formar en la Justicia y Paz en perspectiva franciscana equivale a formar en el seguimiento y para el seguimiento de Jesús.

¿Y qué requiere formar en clave de seguimiento? Requiere no formar en el mero aprendizaje de principios, ideas y valores relacionados con la Justicia y Paz, sino en el ejercicio activo y personal del seguimiento del Justo y Pacifico. Sólo el seguimiento forma y forja, no el mero adoctrinamiento ideológico ni la mera praxis voluntarista ni la mera imitación superficial. De otra forma, la Justicia y Paz corre peligro de derivar hacia la ideología o el voluntarismo. La Justicia y Paz no es una mera iniciativa del hermano, sino continuación de la misión de Jesús. No es un mero programa de acción, sino antes de nada una identificación personal con el Crucificado resucitado en solidaridad con los crucificados, con sus esperanzas y desesperanzas.

## 2. UNA ESPIRITUALIDAD DE LA CONTEMPLACIÓN DE DIOS EN LAS VÍCTIMAS

Recojamos unas afirmaciones de la *Ratio*. El formando necesita desarrollar la «actitud contemplativa capaz de escuchar a Dios» en la vida concreta (60), «el sentido de la presencia de Dios en el mundo» (56 2b) que «descubre en el mundo el bien que Dios realiza en él» (32; cf. Medellín F 52). Vale para toda formación lo que la *Ratio* dice acerca de la Formación Permanente: que «es un itinerario de toda la vida, tanto personal como comunitario, en el descubrimiento de Cristo pobre, humilde y crucificado, en sí mismo, en los hermanos, en el servicio, en la propia cultura y en toda la realidad contemporánea» (57). En el n. 33 se dice: «Para ser fieles a la propia vocación, los hermanos menores se encarnan en las situaciones concretas del pueblo en el que viven, descubren en él los diversos rostros de Cristo y en él encuentran la forma adecuada de vida franciscana.» ¿Y dónde descubrirá el hermano menor estos diversos rostros de Cristo pobre y crucificado? Pues sencillamente en los pobres y crucificados del pueblo en el que vive, en todos los rostros desfigurados de hoy, en los que se vela y se revela la gloria, la pasión, el tesón de un Dios prójimo y parcial.

El hermano formando ha de ir familiarizando su corazón y su mirada con ese rostro y con esos rostros del Crucificado. Y ésta es la manera evangélica y franciscana de percibir la manifestación de Dios en el mundo. Y esa mirada es un principio fundamental de espiritualidad y a la vez un objetivo y medio de la formación: la formación tiene como objeto formar en el hermano esa mirada, y es esa mirada la que forma al hermano. Para el hermano menor, que es un seguidor de Jesús y un creyente, no se trata solamente de contemplar el mundo desde la perspectiva del pobre, sino también de discernir la presencia y la figura de Dios en el mundo desde los pobres y en los pobres. Y ésta es la manera de «ser reales» (J. Sobrino), de ser fieles a la realidad del mundo, pero también a la realidad de Dios, pues Dios se define como «aquel que ve la aflicción, oye los clamores y conoce las angustias» (Ex 3, 7) de las víctimas.

El hombre contemporáneo no pregunta qué es Dios, ni si Dios existe, sino dónde está. ¿Dónde está Dios en Auschwitz, en El Salvador, en Ruanda? Pues bien, Dios está siempre «fuera de la ciudad», con los de fuera, crucificado con los crucificados. El Dios que mira y prefiere a las víctimas nos mira desde las víctimas y quiere ser mirado en ellas. La injusticia que crea víctimas oculta a Dios dramáticamente, pero en un mundo donde hay víctimas, Dios no quiere ser buscado y encontrado sino en ellas. La cuestión no es simplemente creer en Dios, sino «creer en Dios desde las víctimas» (J. Sobrino). De manera que la proximidad con las víctimas y la opción en favor de ellas, o dicho de otra forma, la opción por la justicia y la paz, es el «lugar cristiano de la experiencia de Dios».

La espiritualidad no consiste en adquirir la certeza de que Dios existe o la ciencia de cómo es Dios, sino la experiencia cordial y existencial de que Dios prefiere a los pobres. Y la cuestión de la formación, a su vez, ya no consiste en prepararse para probar al mundo de hoy que Dios existe, sino en prepararse mental, cordial y existencialmente para poder «decir a los pobres que Dios les quiere». (G. Gutiérrez).

### 3. UNA ESPIRITUALIDAD ENCARNADA Y PRÁCTICA

La *Ratio* afirma que «los hermanos menores se encarnan en las situaciones concretas del pueblo en el que viven, descubren en él los diversos rostros de Cristo» (33). Según la famosa expresión de D. Bonhöffer, «Cristo toma al hombre en el centro de la vida»; no en los márgenes, sino en el corazón del mundo y de la vida; no en plácidos espacios separados, sino en la lucha contra la injusticia y en la pugna por la paz. Una formación en espíritu de Justicia y Paz está animada y sustentada por una espiritualidad arraigada en la vida con toda su densidad de injusticia y conflicto, de esperanza y proyecto.

Tenemos aquí un criterio que resulta decisivo para la formación humana y espiritual. Si Dios se encarna en la entraña de nuestra vida, sólo desde la entraña de la vida, del mundo, del hombre, podemos ir haciendo la experiencia transformadora del encuentro con Dios, y en eso consiste la espiritualidad. Una espiritualidad encarnada, atenta a la realidad en cuanto lugar de manifestación y encuentro con Dios. No una espiritualidad intimista, sino volcada; no una espiritualidad introvertida, sino atenta. No una espiritualidad huidiza, sino comprometida. No una espiritualidad quietista e interiorista, sino implicada y activa. No una espiritualidad espiritualista, sino espiritual, alentada por el Espíritu que vivifica y transforma. Una espiritualidad tanto más personal cuanto más implicada en la sociedad. Tanto más honda e interior cuanto más abierta hacia fuera y desde fuera.

Todo ello exige ligar espiritualidad y praxis vital, histórica. No para vaciar la espiritualidad en la acción, sino para hacerla camino y germen de transformación. Vale para la espiritualidad lo que la *Ratio* dice de la formación en general: que es «experiencia, es decir (...), favorece la experiencia concreta del estilo propio y de los valores franciscanos en lo cotidiano» (47), y es «práctica, en cuanto apunta a transformar en obras lo que se aprende» (48); insiste en la necesidad de formación desde la vida y la experiencia concreta tanto en relación con los postulantes (128 & 3), como en relación con los novicios (142), los hermanos de profesión temporal (153) y aquellos que se preparan para cualquier ministerio (175; 177). No forman las meras doctrinas y los meros ideales, sino el contacto con lo real, iluminado y vivido en la fe. Una espiritualidad desde el espesor de la realidad, que nos hace servidores admirados de la vida en todas sus formas, sobre todo en sus formas más amenazadas.

## II. UNOS OBJETIVOS DE LA FORMACIÓN «PARA LA JUSTICIA Y PAZ»

Me parece importante señalar estos principios espirituales por los que se ha de regir la formación, pero es preciso descender y concretar más. En esta segunda parte voy a recoger los objetivos que la *Ratio* asigna a la formación y que están en relación con la Justicia y Paz. En un mundo donde todas las revoluciones parecen haber fracasado y todas las utopías se desvanecen, donde cunde el escepticismo, el sentimiento de perplejidad, la sensación de impotencia, la «ideología de la inevitabilidad», la formación franciscana ha de procurar que los hermanos se dispongan para encarnar efectivamente el Evangelio en el mundo de hoy. Y este objetivo no es uno más entre los objetivos de la formación, sino el que autentifica y da sentido a los demás objetivos. Más concretamente, la formación franciscana ha de empeñarse en fomentar en los hermanos una triple actitud y actividad: una mirada al mundo en perspectiva franciscana, una compasión real y efectiva con los más pobres, una acción en favor de la justicia en paz y en favor de la paz en justicia.

### 1. UNA MIRADA A LA REALIDAD DESDE LA PERSPECTIVA DE LOS POBRES

Lo expresa muy bien la *Ratio* en un brevísimo número referido al Noviciado, pero que es aplicable a todas las fases de la formación: «El novicio desarrolle las capacidades para conocer, juzgar críticamente y participar de la realidad desde la perspectiva franciscana» (143). ¿Cuál es

esta perspectiva franciscana? Sin duda, la de los preferidos de Jesús y de Francisco: la de aquellos que en este mundo carecen de abogado y de aliado. Es una perspectiva parcial, como todas, pero es la parcialidad de Dios que Jesús hizo Buena Noticia y que Francisco hizo forma de vida. «Conocer», «juzgar críticamente», «participar de la realidad» en esa perspectiva: he ahí el objetivo de la formación franciscana.

Es importante el modo como miramos, conocemos, juzgamos la realidad. Es verdad que vivimos tiempos de radical incertidumbre, de desorientación integral, y desconfiamos instintivamente de juicios globales sobre la realidad; pero también esto puede convertirse en tentación: la tentación de la renuncia a todo criterio. Y es verdad que vivimos en la «galaxia de la complejidad» (J. García Roca), y es preciso evitar la simplificación, y no querer volver a certezas dogmáticas, ni a doctrinas ideológicas, ni a sistemas omnicomprensivos. Pero, a la vez, es imprescindible que el hermano menor se aplique, como dice la Ratio, en «tener una visión crítica de la sociedad y del mundo» (162), en desarrollar una «sensibilidad hacia la realidad para ver los problemas y comprender sus causas» (180 a); más aún, en adquirir «la visión franciscana del mundo y del hombre» y en desarrollar «un equilibrado juicio crítico acerca de los acontecimientos» (32); claro que un «juicio equilibrado» no es un juicio imparcial y neutro que consciente o inconscientemente ratifica y respalda las situaciones de injusticia, sino un juicio animado por la lucidez y la parcialidad evangélica. La formación ha de esforzarse, dice también la Ratio, en procurar a los hermanos una «capacidad para leer los signos de los tiempos» (56 & 1c), y el gran signo de los tiempos es la sima creciente entre la riqueza de una minoría y la miseria de una mayoría. La formación procura crear y ahondar en el hermano una mirada lúcida y crítica al mundo, no una mirada neutra, sino una mirada parcial desde la perspectiva de los pobres. Una mirada que mira a Dios en el mundo y mira al mundo con los ojos de Dios.

En esta misma línea se han de entender los objetivos que la *Ratio* señala para los estudios teológicos del hermano menor, a saber: «confrontar su fe con los problemas del mundo contemporáneo», «iluminar y promover una *práctica* personal y social de la fe» (160), «posibilitar la comprensión del mundo contemporáneo y de la persona» (151 & 3). Ahora bien, no comprenderemos el mundo contemporáneo y a la persona humana dentro de él sino en la medida en que comprendamos que la miseria y el hambre son tanto más injustas cuanto más evitables. Ante la injusticia no cabe una teología imparcial.

Son dignos de destacar en este sentido algunos rasgos que la teología ha de poseer según los nn. 166 y 167: una «teología practicada en un espíritu de minoridad y de servicio; una teología asociada a la oración; una teología cercana a la vida, dirigida a la acción concreta» (166); «una teología de la Creación, que alimenta la alabanza del Creador enseñando a los hombres el respeto por la Creación. Enfocando con la luz de la fe los problemas ecológicos de nuestro tiempo; una teología y una cristología que actualicen la salvación y la liberación de Dios en respuesta a las llamadas y a las necesidades de los pobres de hoy; una teología que oriente al respeto de la persona y de sus derechos; una teología que mire a la construcción de un mundo fraterno (justicia, paz, ecumenismo) (cf. Documento sobre la formación del Cap. Gral. De Medellín, 59); una teología que esté anclada en una visión escatológica y encuentre en ella la fuerza para un compromiso cotidiano» (167).

## 2. UNA COMPASIÓN EFECTIVA CON LOS MÁS POBRES

L. Feuerbach sentenció acertadamente que «el sufrimiento precede al pensamiento». Efectivamente, sólo se sabe lo que se padece, o más exactamente, lo que se com-padece. Nuestro mundo está más necesitado que nunca de una “razón compasiva” (J. Sobrino). En este sentido he afirmado en el punto anterior que sólo conocemos el mundo contemporáneo cuando nos hacemos cargo del dolor de los pobres. Pero hay que decir también a la inversa: el conocimiento ha de llevar a la compasión, a «encargarse y a cargar» (I. Ellacuría) con el sufrimiento de esa «población sobrante» cada vez más mayoritaria en nuestro planeta.

Esa compasión se llama en vocabulario franciscano *minoridad*. La Ratio recuerda, citando a Francisco y a las CC.GG., que los hermanos están llamados a «vivir como menores *entre los pobres y débiles* (1 R 9, 2)» (10); a vivir «en pobreza, humildad y mansedumbre entre los más pequeños, sin poder ni privilegio», «como peregrino y extranjero, hermano y súbdito de toda criatura» (22); que los hermanos menores imitan a Francisco «escogiendo la vida y la condición de los pobres», «se identifican con ellos, sirven a los oprimidos, a los afligidos y a los enfermos, y se dejan evangelizar por ellos», hacen «una opción explícita por los pobres convirtiéndose en la voz de los sin voz, como instrumento de justicia y de paz» (25). En especial, la formación ha de procurar, recuerda la *Ratio*, que los hermanos escojan y asuman el trabajo «en espíritu de minoridad, sencillez y condición, sobre todo con los pequeños y los pobres de este mundo» (159). Y como el amor sólo es real si es concreto y sólo es concreto si se ejerce con el más próximo, la compasión con los pequeños y la opción por los pobres ha de empezar y ha de expresarse en primer lugar en la fraternidad, en relación con los hermanos más necesitados de la fraternidad; en este sentido señala la *Ratio*, hablando del Noviciado, «el respeto y cuidado para con los hermanos ancianos, enfermos y débiles» (144) de la fraternidad como uno de los criterios para discernir la idoneidad del novicio para la primera profesión.

Esta minoridad-compasión, siendo como es un elemento esencial de la identidad del hermano menor, constituye el objetivo fundamental de la formación franciscana para la Justicia y Paz: la formación ha de tender a suscitar en el hermano esa identificación de juicio y de sentimiento, de mente y de corazón con los más pequeños: con el Tercer Mundo, con el Cuarto Mundo y con esa franja social –cada vez más amplia– que está marcada por lo que J. García Roca llama la «vulnerabilidad», es decir, todos aquellos que no están ni del todo marginados ni integrados del todo en la sociedad y viven en la precariedad: trabajo precario, relaciones afectivas precarias, sentido de la vida precario.

Pero si quiere ser evangélica y franciscana, la opción por los pobres ha de estar impulsada, no por motivaciones de orden moral ni por convicciones de tipo ideológico, sino por la compasión que brota del corazón y alcanza y transforma toda la persona. Entonces, dicha opción se convierte en experiencia de la gracia y puede ser vivida auténticamente como expresión del amor gratuito: «*se me tornó en dulzura de alma y cuerpo*». Pues «existe, una forma de amar la justicia que está amenazada de no amar a los hombres».

En minoridad-compasión que constituye un objetivo principal de la formación podemos incluir otro aspecto medular del carisma franciscano: *el respeto a la Creación*. Es ésta una expresión que se repite varias veces en la *Ratio*: 71; 56 & 3c; 156; 162. ¿Qué significa «respeto a la Creación»? Significa admiración y miramiento exquisito de todo cuanto es, porque es criatura de Dios y posee la dignidad de un hermano, y en ella Cristo se hace presente y contradictorio (cf. 12). Señala la *Ratio* que este «respeto a la creación» es uno de los criterios de idoneidad del hermano para la profesión solemne (156). La formación debería ayudar a descubrir que en la ecología no se trata de una preocupación egoísta de una sociedad opulenta, ni de una manifestación superficial de una espiritualidad aburguesada, sino de algo que esta en la entraña de la fe de Francisco: el sentido de las criaturas como sujetos y no como meros objetos de manipulación y consumo humano, y el sentido del respeto ante el derecho inviolable de toda criatura. Y la formación debería ayudar a descubrir que lo que está en juego en la problemática ecológica es el derecho a la existencia de todo cuanto es y el derecho a la supervivencia de los que nos sucederán en nuestra hermana madre Tierra.

He ahí las preferencias mentales, cordiales, existenciales, que la formación deberá ir suscitando y reforzando en los hermanos. Para ello sería indispensable establecer una pedagogía concreta y operativa, procesual y coherente que, evidentemente, la Ratio no puede ofrecer. ¿Cómo hacer que los criterios de juicio y las opciones prácticas de los hermanos formandos se configuren desde la compasión-minoridad? ¿Cómo ir purificando y autenticando las idealizaciones demasiado superficiales de muchos de nuestros candidatos? ¿Cómo ir sustituyendo en otros muchos unos ojos y unos hábitos propios de los más privilegiados de

nuestro mundo por las preferencias de Jesús y de Francisco? ¿Cómo motivar y consolidar espiritualmente, sobre todo a partir del Noviciado, esas preferencias? ¿Cómo ofrecer durante los años de la profesión temporal unas plataformas de experiencia y de encuentro real con los más pobres, en orden a que la opción por ellos vaya arraigando en la vida real de los hermanos? Son interrogantes que deberán estar en el centro de interés de formadores y formandos. De otro modo, la Justicia y Paz se arriesga a reducirse, como nos sucede tantas veces, a un vago deseo o a una fórmula vacía.

### 3. UNA ACCIÓN EN FAVOR DE LA JUSTICIA EN PAZ Y EN FAVOR DE LA PAZ EN JUSTICIA

La acción por la justicia y la acción por la paz. Ambas acciones van juntas, más aún, son la misma. Constituyen, pues, un único objetivo de la formación, imposible de separar. El hermano menor, recuerda la *Ratio*, «trabaja por la justicia y la paz, y respeta la creación», (21), ha de convertirse en «instrumento de justicia y paz» (25; 32), en «mensajero de la justicia, de la paz y de la reconciliación» (180 a). Y a ello mira y por ello se mide la formación franciscana. La «búsqueda de la justicia y de la paz» (56 2b) figura entre los principios específicos del crecimiento cristiano del formando; el «sentido de justicia, paz y respeto por la creación» (156) se cuenta entre los criterios de idoneidad para la profesión solemne; y la eficiencia «en el compromiso de transformar la sociedad en el sentido de la justicia, de la paz y del respeto a la creación» (162) se incluye entre los objetivos de la formación general. En resumen, la justicia y la paz, junto con el respeto a la creación, son principio, criterio y objetivo de la formación. Especifiquemos algo más siguiendo a la *Ratio*.

Por un lado, acción en favor de la justicia. En la medida en que los marginados y los «vulnerables» de nuestro mundo y de nuestra sociedad son víctimas de una injusticia, la compasión para con ellos ha de traducirse necesariamente en acción contra la injusticia y en acción por la justicia. La *Ratio* señala que «el hermano menor se sensibiliza y trabaja por eliminar todas las formas de injusticia y las estructuras deshumanizadoras existentes en el mundo» (25); y que «el hermano menor...está preparado para denunciar con vigor todo lo que sea contrario a la dignidad humana» (34). También este elemento pertenece al objetivo esencial de la formación. Y la *Ratio* no deja de señalar una pauta de acción por la justicia que siempre es preciso seguir recordando y actualizando, a saber: que «es preciso atender a que los destinatarios de la caridad se conviertan en los protagonistas de su promoción humana y de su liberación» (130 a).

Ahora bien, el trabajo por la justicia es inseparable del trabajo por la paz, como el trabajo por la paz es inseparable del trabajo por la justicia. Si «la justicia es el nombre de la paz» (Pablo VI), la paz es el nombre de la justicia plenamente realizada. La *Ratio* insiste en la Primera Parte en que el hermano menor está llamado a ser «hombre de paz» (28) y «mensajero de reconciliación y de paz» (3), a vivir como «reconciliado y pacífico» (22); «como heraldo de la paz, la lleva en el corazón y la propone a los demás» (34; cf. 26; 29). El «empeño por la reconciliación y el perdón» (56 3c) ha de distinguir el crecimiento franciscano del formando, y el «espíritu misericordioso y reconciliador» (156) es un criterio de idoneidad para la profesión solemne.

Evidentemente, tener «espíritu misericordioso y reconciliador» no equivale a ser pusilánime ante las situaciones de conflicto y de injusticia; formar para ser «hombre de paz», «heraldo de la paz», no significa enseñar a rehuir conflictos, sino preparar a afrontarlos: la formación ha de cuidar de que el formando vaya adquiriendo «capacidad de comunicar y enfrenar los conflictos» (56 1b), empezando por la propia fraternidad; es la propia fraternidad el primer ámbito donde los hermanos han de «promover las capacidades de comunicación, de resolución de los conflictos» (64).

Es preciso señalar, por fin, que luchar por la justicia en la paz y por la paz en la justicia es

una tarea llena de riesgos, expuesta a mil desaciertos. Quien quiera ser instrumento de justicia y de paz habrá de aprender a asumir la complejidad y la incertidumbre, incluso la ambigüedad y el yerro. Habrá de aprender a abordar los conflictos sin pactar con ninguna injusticia y sin ceder a ningún sentimiento de odio y rencor, y ello requiere una gran libertad interna y una gran fortaleza de espíritu. Pero esta fortaleza no es propiedad de superhombres, sino de aquellos que se saben pobres y perdonados, indigentes y agraciados.

### III. UNOS LUGARES Y UNAS INSTANCIAS FORMATIVAS «DESDE LA JUSTICIA Y PAZ»

Tras haber señalado, siguiendo las indicaciones de la *Ratio*, que la Justicia y Paz constituyen un fundamento espiritual y un objetivo de la formación, quiero poner de relieve en tercer lugar que la Justicia y Paz define también un lugar y un medio para la formación, instancia y factor formativo. Si toda espiritualidad, como todo saber y todo obrar, están condicionados por un lugar y un contexto, lo mismo ha de decirse de la formación. La formación no es transmisión de ideas, sino transmisión viva de referencias vitales. La formación no es un programa de información, sino un camino de transformación. La formación es, en último término, como la espiritualidad misma, un modo de vida. Y la vida se enseña y se aprende sobre todo por connaturalidad y contacto, por intuición y afecto. Se forma, en último término, desde un estilo de vida. Voy a señalar en esta Tercera Parte tres rasgos de la Justicia y Paz como lugar desde el que el hermano se forma: fidelidad al mundo, inserción-inculturación, diálogo.

#### 1. DESDE LA FIDELIDAD AL MUNDO DE HOY

En la *Ratio* encontramos con frecuencia la expresión «mundo de hoy», «hombres de hoy»... (3; 15; 66; 35; 132; 137; 144...), más aún, «fidelidad a las exigencias del mundo de hoy», «fidelidad a los signos de los tiempos» (Presentación), o simplemente «fidelidad al hombre y a nuestro tiempo» (15).

¿Qué significa esta fidelidad? Significa en primer lugar «atención»; requiere, en expresión de la *Populorum Progressio* recogida por la *Ratio*, que los hermanos estén «atentos al hombre, a todo hombre, a todos los hombres» (157); que la formación esté «atenta a las renovadas 11 llamadas del mundo» (50), que el hermano formando esté «atento a los signos de los tiempos» (26; 32); que «la fraternidad de formación esté atenta al mundo y a la historia, a la realidad social concreta» (79). Esta fidelidad al mundo y al hombre de hoy no es evidentemente adhesión servil y acrítica, sino actitud vigilante y acogedora; no significa conformidad adaptación fácil, sino escucha alerta de las voces, las llamadas, las demandas del hombre de hoy.

La fidelidad significa también respuesta a las necesidades actuales del mundo. Hablando del programa de formación de los hermanos de profesión temporal, se dice que ha de responder «a las expectativas y a las necesidades del mundo contemporáneo» (150), lo cual presupone una «comprensión del mundo contemporáneo» (151 & 3). Escucha, comprensión, respuesta. Y aun más: comunión. La formación ha de fomentar una comunión en profundidad con el mundo y el hombre de hoy. Hablando del Noviciado, dice la *Ratio* que el hermano novicio «se prepara para vivir teórica y prácticamente en la Iglesia y en la Orden una comunión más profunda con los hombres de hoy en su realidad histórica, social, política, cultural y religiosa» (137; cf. CCGG 127 & 3; 130). La formación en espíritu de Justicia y Paz requiere escucha atenta, respuesta positiva, comunión cordial con el mundo en que vivimos, contra tentaciones tan frecuentes de reproche y censura. Hemos de formar para la sintonía con el hombre de hoy más que para su condena, para caminar juntos más que para imponer, para ser compañeros más que para impartir magisterios y advertencias.

La fidelidad al mundo actual requiere, por fin, de formadores y formandos un constante esfuerzo de creatividad. La *Ratio* señala que los hermanos se esfuerzan creativamente por

descubrir nuevos caminos para promover y difundir los valores evangélicos» (39). Estamos llamados a «construir el Reino en tiempos y condiciones en continuo cambio» (39), y ahí es donde radica, nos dice la *Ratio*, la necesidad de la formación permanente. Formarse es abrirse «a nuevas formas de vida y de servicio» (50), «adaptarse continuamente a las necesidades de la Iglesia y del momento histórico» (180 a).

El Evangelio es constante novedad, porque es noticia siempre desconocida y porque se anuncia y se escucha en una historia humana siempre cambiante. Y mucho más cambiante, si cabe, en nuestro tiempo de transformaciones aceleradas, donde esquemas y soluciones de ayer quedan hoy caducos, donde cada nueva transformación trae consigo nuevas injusticias y donde toda injusticia adquiere dimensiones planetarias. En un mundo así, la formación ha de ayudar a mantener los ojos muy abiertos y la existencia entera libre, disponible, creativa.

## 2. DESDE LA INSERCIÓN EN LA VIDA Y LA CULTURA DEL PUEBLO

La *Ratio* insiste en que la vida misma en la fraternidad y en el mundo es el lugar propio y el medio mejor de la formación. «La formación franciscana tiene lugar en la fraternidad y en el mundo real» (43); ahora bien para una mirada evangélica y franciscana, lo más real del mundo en que vivimos es el contraste entre la riqueza de unos y la pobreza de otros. Por eso, la formación franciscana requerirá la inserción que podrá ser muy variada, pero que deberá ser muy auténtica- en la realidad de los más pobres del mundo, del entorno y de la misma fraternidad. El hermano formando «se inserta activamente en la vida social y comunitaria» (45).

Este rasgo vale para todas las fases de la formación, pero se aplica especialmente al tiempo de la profesión temporal: «el hermano de profesión temporal insértese y solidarícese con la realidad del mundo y de la problemática del propio país en el que está llamado a vivir su vocación» (155). «La formación práctica para cualquier servicio ministerial se realiza ante todo en la experiencia cotidiana de vida en la fraternidad, en la comunidad eclesial, en la sociedad y en particular entre los pobres» (177). Este «en particular entre los pobres» define siempre lo peculiar de Jesús y de Francisco y, por consiguiente, también lo peculiar del lugar de la formación franciscana. La formación franciscana no sólo tiene lugar en espíritu de minoridad, sino también desde la experiencia de minoridad.

Evidentemente, las formas de inserción podrán ser muy diversas, pero una cercanía y experiencia efectivas de la realidad del mundo en que vive el formando es una condición y un medio, tanto como un objetivo, de una formación en, para y desde la Justicia y Paz. Y esto adquiere una validez especial en la formación permanente: «la formación permanente se realiza en el contexto de la vida cotidiana del hermano menor, en la oración y en el trabajo, en sus relaciones tanto internas como externas a la fraternidad, y en la relación con el mundo cultural, social y político en el que se mueve» (58). La experiencia de la vida real y del mundo real es lo que forma, en último término.

¿Cómo aplicar y llevar a la práctica este criterio? La *Ratio* no lo concreta, como es comprensible. De todos modos, es interesante señalar que considera la posibilidad de «pequeñas fraternidades formativas entre los pobres» (80).

Una de las exigencias fundamentales de esta inserción es la inculturación. La *Ratio* formula el principio siguiente «La formación franciscana está inculturada en las condiciones de vida del ambiente y del tiempo en que se desarrolla» (49). La formación del profeso temporal, dice también, ha de incluir una «introducción a la comprensión de la cultura y de la religiosidad popular» (151 3); y la preparación del hermano menor para la evangelización requiere la disponibilidad para la inculturación y para la valorización de la religiosidad popular..., la cercanía a la vida y al lenguaje del pueblo, el conocimiento y el diálogo con las otras religiones y culturas» (179). Todo ello impone a los formadores una exigencia evidente: «Los formadores esfuércense por integrar su trabajo en el contexto cultural de los lugares en los que son llamados

a servir» (100).

Cultura es todo el conjunto de referencias de sentido, valores de conducta, horizontes simbólicos que configuran y motivan la vida de las personas y de los pueblos; cultura es ese subsuelo que compartimos con aquellos que nos son más cercanos, pero también a la vez aquello que nos permite acercarnos y entender a los más alejados, aquello que nos permite entrar en diálogo y en búsqueda común. Es posible y es preciso abrirse desde la propia cultura a la de los otros, y por fin es la cultura de los otros la que nos permite entendernos a nosotros mismos más en profundidad. Por eso, la inculturación no es una mera adaptación, sino esa penetración en la raíz vital de las personas y de los pueblos que nos habilita no sólo para anunciarles la Buena Nueva, sino también para recibirla de ellos. Ese encuentro y ese cruce es el gran lugar para una formación que quiera servir a la justicia y a la paz.

### 3. DESDE EL DIÁLOGO Y EL RESPETO DE LA DIFERENCIA

La Ratio insiste en el diálogo tanto hacia dentro de la fraternidad como hacia fuera; el hermano vive «en la escucha y el diálogo» (23), en «respeto de la diversidad» (75) dentro de la fraternidad y «en diálogo con los hombres del propio tiempo» (33); «cultiva la actitud de benevolencia y diálogo respecto a las diversas culturas y religiones» (26). «En la casa de formación se debe favorecer una atmósfera de confianza, diálogo y cortesía» (76); los formadores deben poseer «la capacidad de trabajar juntos, de dialogar y escuchar a los otros hermanos» (84); «el entrenamiento en la escucha activa» (163) es uno de los objetivos mayores del estudio de las ciencias humanas, «dialogar con los otros cristianos, con las otras religiones y con los agnósticos» es uno de los objetivos de la formación teológica, «el conocimiento y el diálogo con las otras religiones y culturas» (179) es uno de los requisitos de la preparación a los ministerios.

Cada uno de los lugares del mundo en que vivimos es cada vez más una encrucijada, donde nos encontramos con la presencia insoslayable e irreductible del otro: el otro con su lengua y su lógica, su religión y su moral, su ética y su política. Habitamos un mundo cada vez más común y, sin embargo, cada vez más plural. La llamada postmodernidad es esencialmente resultado del pluralismo radical de nuestras sociedades. De manera especial, se nos impone hoy la presencia de culturas y de religiones secularmente ignoradas y relegadas por nuestro Occidente cristiano y por nuestra Iglesia eurocéntrica. Culturas y religiones que de ninguna manera podemos reducir a lo que ya sabemos y a lo que ya creemos. Culturas y religiones que perturban nuestras seguridades y contradicen nuestras pretensiones, y así nos convierten y nos incitan a creer de manera más humana en un Dios más divino.

Este pluralismo constituye uno de los mayores retos de la formación: ayudar a asumir ese pluralismo de manera positiva, más aún, ayudar a que el propio pluralismo se convierta en estímulo y en medio formativo, en ejercicio de crecimiento y de búsqueda común, sin recaer en el escepticismo ni en el dogmatismo, sin ceder al relativismo ni a la intolerancia. El camino estrecho a seguir es el diálogo, que permite hacer de la encrucijada un encuentro, de la diferencia un diálogo, de la divergencia un camino común hacia la justicia y la paz.

En conclusión y resumen: la formación contribuye a la justicia y a la paz en el mundo iniciando a los hermanos en una espiritualidad encarnada del seguimiento de Jesús y de la fe en un Dios parcial; conduciendo a los hermanos a mirar el mundo con los ojos de Dios y a implicarse en él con la compasión del Crucificado; enseñando a los hermanos a crecer como hombres y como creyentes desde la inserción en el mundo y el diálogo con el otro.

Fr. José Arregui OFM